

EDMUNDO OLIVARES B.

Pablo Neruda: Los caminos de oriente

Tras las huellas del
poeta itinerante (1927-1933)

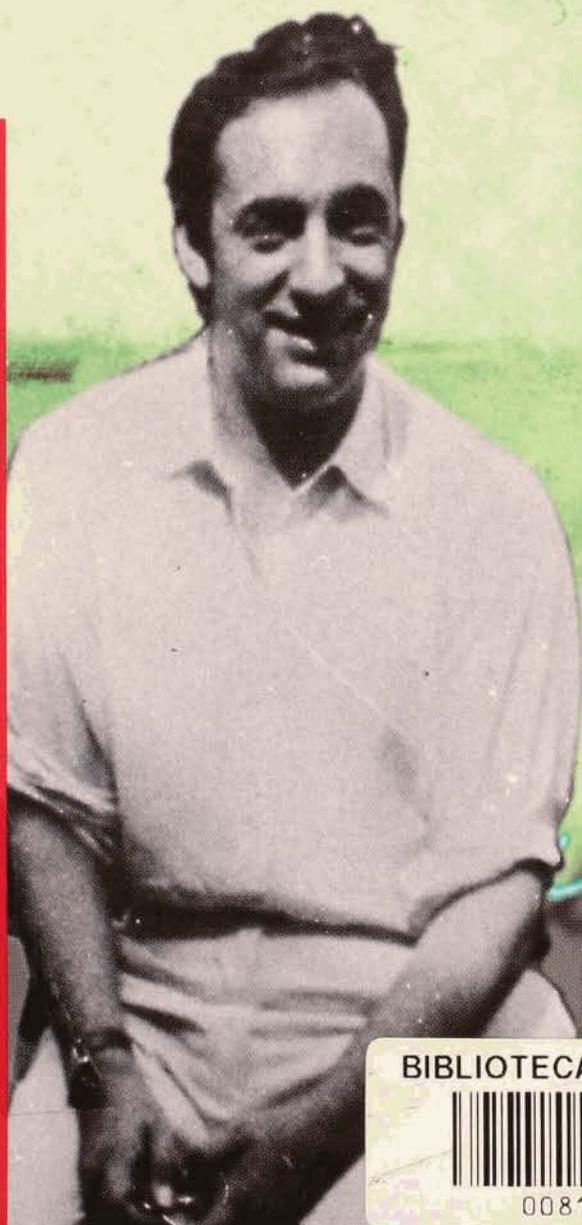
COLECCIÓN TEXTO SOBRE TEXTO



BIBLIOTECA NACIONAL



00811933



Contexto noticioso del año 1928

Ahora que Neruda se encuentra en Oriente, y más precisamente, en el centro geográfico en donde se manifiesta el inmenso y dilatado poderío del Imperio Británico, comprueba de qué manera impresionante se ha ido empequeñeciendo el lejano Chile, tornándose cada vez más pequeño y más lejano a medida que las sucesivas etapas de su viaje le han ido poniendo en contacto directo con otras realidades.

En estos años de lento transporte y de lentísimas comunicaciones, la natural tendencia autorreferente de las naciones europeas, unida a un indisimulado orgullo imperial en el caso del colonialismo británico, convierte a estos territorios en una especie de gran isla, apéndice gigante de las Islas Británicas, una gran autarquía que a sí misma se contempla y en sí misma se complace.

Este año de 1928 sorprende pues a Neruda en Birmania –esta Burma de los ingleses– en pleno proceso de dura aclimatación, algo muy semejante a la fase inicial del cumplimiento de una condena. El poeta acabado de llegar desde el otro extremo de la tierra debe permanecer aquí no sólo ignorado, sino también prácticamente ignorante de lo que ocurre fuera de esta órbita de soledad que le aprisiona.

La avidez cognoscitiva, el apetito de saber y conocer –cualidad que desde niño se ha hecho distintiva en el poeta– unida a la ansiedad de estar al tanto de lo que ocurre en el mundo de sus afectos, se ve duramente sofocada frente a esta realidad que se le impone y de la cual no es posible abstraerse. Las cartas pueden ser, desde luego, el instrumento salvador, pero, ay, cuán imperfecto y lento resulta este recurso cuando las distancias son tan grandes.

Las pocas cartas que el poeta envía y las que ahora comienza a recibir ya con una destinación precisa: Chilean Consulate, Rangoon, India, tienen una demora de 50 días, esto es: más de un mes y medio para cruzar tierras y océanos, según lo confirma el propio Neruda en una de sus cartas a su hermana Laura.

Pero esta es una época en que todo el mundo tiene prisa, una época que aporta sin cesar nuevos “records”, nuevas hazañas, nuevas maneras de hacer las cosas. Si examinamos el incipiente desarrollo de la aviación en estos días, comprobaremos que precisamente a fines de los años 20 se multiplican por todas

partes los "raids" aéreos experimentales, producto de una especie de fiebre voladora que, después de la hazaña de Lindbergh, ha puesto a medio mundo a la tarea de unir ciudades y continentes. La aeronavegación, y con ella el correo aéreo, están dando recién sus primeros pasos en el mundo, llevando a menudo a la muerte a los pioneros que en diversos lugares de Europa y América –Chile incluido– intentan hacer factible el establecimiento de rutas aéreas regulares entre las grandes ciudades. En marzo de este año, sin ir más lejos, mueren en Santiago el piloto y el mecánico de un avión que intentaba llevar correspondencia hacia Valparaíso. El accidente se produce en el Club Hípico de la capital, lugar que entonces se utilizaba como aeródromo sustituto. A fines de 1928, un logro excepcional del correo aéreo es llevar correspondencia desde Buenos Aires a París en tan sólo nueve días.

También es de interés dar una mirada a lo que ocurre en estos días con la telefonía de larga distancia. Precisamente en 1928 se inaugura en Chile el servicio telefónico internacional, lo cual es debidamente solemnizado con dos llamadas que hace el Presidente Carlos Ibáñez a sus colegas de Argentina y Uruguay, señores Alvear y Campisteguy, respectivamente. Estas primeras conexiones son unánimemente consideradas como un verdadero hito en las comunicaciones internacionales.

Sin embargo –y pese a los precarios recursos con que cuenta– la prensa mundial se las arregla para mantener siempre bien abastecidas sus columnas con un reflejo de lo que en el mundo ocurre. Una mirada panorámica a los hechos noticiosos de este período, nos confronta con los siguientes acontecimientos:

Se produce la intervención militar norteamericana en Nicaragua. Los Estados Unidos envían siete naves de guerra y mil hombres, lo que produce malestar y protestas en todo el mundo. El filósofo francés Henri Bergson obtiene el Premio Nobel de Literatura. Se producen los primeros enfrentamientos entre tropas bolivianas y paraguayas: es el comienzo de la Guerra del Chaco. El diario *The New York Times* señala como muy posible la construcción de un "Camino Panamericano", destinado a unir a los países de Centro y Sudamérica a través de una gran carretera internacional. En París se firma el Pacto Kellogg de Proscripción de la Guerra. Los primeros en firmar este documento son Alemania y los Estados Unidos, seguidos de otros 32 países. En histórico vuelo llega a los Estados Unidos el dirigible "Graff Zeppelin", cuatro días después de haber despegado desde Alemania. En la India, más de 2.000 personas mueren a causa de una epidemia de cólera. En España, más de 100 mil personas asisten a una manifestación para conmemorar el 5° Aniversario de la Dictadura del General Primo de Rivera. En su discurso, el General invita al pueblo a celebrar "una fiesta análoga y con igual fin, en cinco años más".

Lo que está ocurriendo en Chile en el ámbito político, no es sino el capítulo dos de una historia que parecía previsible. El General Ibáñez ha declarado que no

permitirá que se altere el orden y ha puesto a funcionar la mano dura de la represión institucional. Uno de los sectores más afectados con las exoneraciones y despidos continúa siendo el de los profesores. Numerosos ciudadanos acusados de actividades comunistas o de participar en complots políticos engrosan la lista de detenidos y confinados en la Isla Más Afuera y en Isla de Pascua. Entre ellos figuran Eugenio González y Eduardo Alessandri.

En octubre de este año, el Ministerio del Interior hace pública una peculiar Declaración Oficial: "Encontrándose plenamente consolidados el orden y la tranquilidad de la República, el Gobierno declara que no hay chilenos expulsados del territorio nacional, y que, en consecuencia, nadie fuera de las fronteras tiene el derecho de llamarse desterrado chileno".

Un mes después de este aviso, es destituido del Ejército el Coronel Marmaduke Grove, a la sazón agregado militar en Londres. Se le acusa de confabulación, junto con otros civiles chilenos, para organizar un complot destinado a derrocar el gobierno del General Ibáñez.

Pero no todo en Chile es política. En noviembre de este año coinciden en Santiago dos personalidades del ámbito literario internacional. Con algunos días de diferencia llegan a la Capital el filósofo español José Ortega y Gasset y el poeta peruano José Santos Chocano. Ambos reciben una excepcional acogida y pronuncian conferencias o dan recitales en la Universidad de Chile y en el Teatro Municipal. Ortega y Gasset es recibido, además, en la Cámara de Diputados, en donde pronuncia un discurso que contiene palabras de especial elogio para Chile.

Por su parte, la visita del poeta peruano es una significativa muestra de acercamiento entre Chile y Perú, en momentos en que acaba de oficializarse la reanudación de Relaciones Diplomáticas entre los dos países, interrumpidas desde la época de la Guerra del Pacífico. También visita Chile, en el marco de una gira por países latinoamericanos, el entonces Presidente Electo de los Estados Unidos, Mr. Herbert Hoover.

Entre agosto y septiembre de este año, varias son las noticias que tienen relación con el progreso de Santiago. Son inaugurados el Carillón de la Basílica de La Merced y el Monumento al General Baquedano, obra del escultor Virginio Arias. Las autoridades comunales anuncian con orgullo que "el viejo y antiestético sistema de aseo que se emplea en las calles de Santiago, con el uso de carretones tirados por caballos, será reemplazado por modernos camiones...". Y un visionario, el ingeniero Luis Lagarrigue, propone la pronta construcción de un Ferrocarril Metropolitano, para evitar los graves problemas que presenta el tránsito de la Capital.

El año 1928 conmueve a la opinión pública con dos grandes catástrofes. En julio se produce en el Golfo de Arauco el hundimiento del Transporte "Angamos" de la Armada Nacional. De las 300 personas que viajaban a bordo, sólo se salvan un grumete y tres conscriptos. Luego, el 1° de diciembre se produce un gran terremoto que afecta especialmente a la zona sur de país —con epicentro en

Talca— causando muertos, heridos y enorme destrucción. Durante más de una semana continúa temblando, con fuertes réplicas que terminan de derribar las construcciones que ya se hallaban dañadas.

Como siempre, el Gobierno decreta algunas medidas de emergencia para ir en ayuda de los damnificados y se efectúan numerosas campañas de solidaridad entre la población.

Y el año concluye con unas gentiles palabras pronunciadas por un gran personaje.

A su paso por Buenos Aires y en entrevista concedida al diario "La Nación", el filósofo español José Ortega y Gasset ha declarado: "Para mí, Chile es uno de los pocos países deliciosos que quedan...".

Viajando por China, Japón y otros lugares

A comienzos de este año de 1928, el poeta y su amigo Álvaro Hinojosa emprenden el largo viaje de exploración hacia el sudeste Asiático que han venido preparando, un itinerario que los llevará al encuentro de dos puertos de legendario atractivo: Shangai, en China, y Yokohama, en Japón.

A estas alturas, el Cónsul de Chile en Rangoon ya conoce la terrible rutina de su consulado de mala muerte: nada que hacer un día y otro día y otro día y otro día... Sabe en consecuencia, que puede ausentarse tranquilamente de su puesto por dos o tres meses completos, y volver aún a tiempo para atender un único barco que bajando desde Calcutta –conforme a un itinerario perfectamente establecido– recalará en Rangoon en una fecha prefijada, para embarcar aquí mercaderías destinadas al lejano Valparaíso.

Por otra parte –y esta es una consideración decisiva– viajar no va a representar para él un costo mayor que quedarse en Rangoon, donde todo es caro, todo es difícil, todo es problemático.

El entusiasmo del viaje es compartido, naturalmente, por Álvaro Hinojosa, quien por estos días aún no ha llegado a decidir el rumbo exacto que conviene a su temperamento y ambiciones.

El viaje es, entonces, un proyecto conjunto que se convierte rápidamente en realidad. Saliendo desde Rangoon, la primera escala que hacen es en Bangkok (Siam), desde donde el poeta envía una postal a su hermana Laura, fechada el 20 de enero de 1928. En ella, sólo anuncia que está en camino hacia Japón, que contempla regresar al cabo de dos meses y que viaja en compañía de Álvaro Hinojosa, de cuya parte envía a Laura los correspondientes saludos.

Mayor interés informativo tiene la próxima postal, enviada desde Shangai el 7 de febrero, y en la cual el poeta confidencia a su hermana:

“Mi querida konekita: He dejado Rangoon por dos meses para viajar por China y Japón. Desgraciadamente aquí en China hace un frío que nunca había sentido, un invierno con nieve, lluvia y viento. Ya te escribiré más largo desde Japón. Mis proyectos son irme a Europa en marzo a continuar mis estudios, en

Francia y España. No se puede vivir mucho tiempo en el Oriente. He tenido algunas fiebres en Rangoon pero felizmente benignas”⁴⁴.

De estas líneas, lo que resulta más inesperado es ese anunciado proyecto –ese evidente sueño– de viajar a Europa para continuar estudios. Proyecto nada consistente, en verdad, vista la inmediata realidad de su cargo y las mezquinas perspectivas existentes para él en ese momento.

¿O sería que alguno de los afebrados proyectos de Álvaro incluía para ambos una pronta escapada hacia Europa? ¿Grandes negocios en perspectiva, tal vez?

Negocios, por supuesto, que siempre será más grato y más fácil ir armando al correr de las palabras que ir construyendo al rigor de los hechos. Oportunidades para esto nunca han de faltar.

Porque Álvaro Hinojosa es un optimista por naturaleza, un personaje novelesco que confía de una manera total en la ley de las probabilidades. Su credo descansa en la simple fuerza de los números, que funcionarían de acuerdo al siguiente esquema, poco menos que infalible: Enamora a diez mujeres “imposibles”, y una o dos, contra toda lógica, en tus brazos caerá. Echa a andar diez negocios inauditos –con poco y nada que los sustente– y contra toda lógica, uno o dos de ellos te hará ganar fortunas.

Neruda –poeta al fin y al cabo– se deja acunar por estos sueños, tomando parte activa algunas veces en las etapas iniciales de un proyecto, (como ocurrió, por ejemplo, con el negocio de llevar jades, marfiles, mantones de Manila y otros tesoros orientales a Berlín). Otras veces deja que Álvaro simplemente le entretenga, le divierta o lo desespere, con su inagotable inventiva de milagros que están a punto de aparecer a la vuelta de la esquina.

“Álvaro se metió en fabulosos negocios... –recordará el poeta–. Quería vender té de Assuam, telas de Cachemira, relojes, tesoros antiguos... Todo se dilapidaba pronto... Dejaba las muestras de Cachemira, las bolsitas de té sobre las mesas... Ya había tomado una valija y estaba en otra parte...”⁴⁵.

Este es el Álvaro Hinojosa que nos ha quedado debiendo –aparentemente para siempre– su propio relato de este viaje y de todos sus viajes, caballero oportunista y pícaro refinado, escritor sin libros y psicólogo itinerante; el compañero de travesía que Neruda se merecía, en verdad, para hacer aún más delirante su paso por Oriente.

Como resultado de este viaje, Neruda envía a “La Nación” una crónica que contiene el recuento atento y reflexivo de lo que ve, una descripción de estos nuevos paisajes y de las impresiones que ellos van poniendo en su mente y sus sentidos.

Invierno en los puertos se titula esta bella página, en que la prosa del cronista va cediendo continuamente su lugar a la poesía del vate:

⁴⁴ Pablo Neruda, *Cartas a Laura*, ob. cit., p. 80.

⁴⁵ Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 108.

“Qué difícil es dejar Siam, perder jamás la etérea, murmurante noche de Bangkok, el sueño de sus mil canales cubiertos de embarcaciones [...] pero aún más imposible es dejar Saigón, la suave y llena de encanto. Es en el Este, un descanso esa región semioccidentalizada; hay allí un olor de café caliente, una temperatura suave como piel femenina, y en la naturaleza, cierta vocación paradisíaca”.

Tenemos aquí, en pocas palabras, la introducción perfecta que nos aguza el interés para seguir junto al viajero, contemplado a través de sus ojos lo que él ve:

“El opio que se vende en cada esquina, el cohete chino que suena como una balaza, el restaurante francés lleno de risas, ensalada y vino tinto, hacen de Saigón una ciudad de sangre mestiza, de atracción turbadora”⁴⁶.

Luego de saborear estas poderosas sensaciones, estas imágenes placenteras, el viaje continúa y es aquí donde a poco navegar entran en contacto con el temible invierno de estas latitudes.

“Pero aquello cambia con violencia en los primeros días de navegar el Mar de la China. Se cruza bajo una implacable constelación de hielo, un terrible frío rasca los huesos.

Ese desembarco en Kowloon, bajo una llovizna pétrea, tiene algo de acontecimiento, algo de expedición en un país esquimal. Los pasajeros tiritan entre sus bufandas, y los coolíes que desembarcan los equipajes visten extraordinariamente macfarlanes de arpillera y paja. Tienen aspecto de fantásticos pingüinos de una ribera glacial”.

Ahí mismo, frente a Kowloon está Hong Kong, que sorprende a los viajeros con su escenografía occidental y su pululante población oriental. “Y ya se halla uno, rodeado de una ciudad hormigueante, alta y gris de paredes, sin más carácter chino que los avisos de alfabeto enigmático; una violencia de gran ciudad de Occidente –Buenos Aires o Londres– cuyos habitantes hubieran adquirido los ojos oblicuos y la piel pálida”.

Y luego, por fin Shangai, con su recostado hervor de multitudes siempre en movimiento.

“Todos los pasajeros del barco en que viajo descienden en Shangai, como fin de viaje. [...] En todo el litoral de Oriente no hay mayor imán atractor que el puerto del río Wangpoo, y allí nuestro planeta se ha acrecido de un densísimo tumulto humano, de una colosal casta de razas. [...] Las innumerables callejas chinas desembocan en las avenidas europeas como barcos de extraordinarios velámenes coloreados. En ellos, es decir, en la selva de telas colgantes que adornan el exterior de los bazares, se encuentran a cada paso el león de seda y el loto de jade, el vestido del mandarín y la pipa de los soñadores. Estas callejas repletas de multitud, hechas de un gentío compacto, parecen la ruta de un solo gran animal vivo, de un dragón chillón, lento y largo”⁴⁷.

⁴⁶ Pablo Neruda: *Para nacer he nacido*, ob. cit., p. 48.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 50.

El puerto de Shangai habrá de quedar marcado en la memoria de los viajeros por uno de esos incidentes que toda precaución no logra evitar: un asalto y robo a la manera oriental; con abundante ingenio y mínima violencia, es cierto, pero con efectos bastante lamentables en sus bolsillos y en su autoconfianza.

El episodio está relatado de manera un tanto diferente en las *Memorias* y en la crónica *Invierno en los puertos* (que es, como sabemos, contemporánea a los hechos), y todo comienza cuando los dos amigos deciden visitar el Shangai nocturno.. “Las ciudades de mala reputación atraen como mujeres venenosas. Shangai abría su boca nocturna para nosotros dos, provincianos del mundo, pasajeros de tercera clase, con poco dinero y con una curiosidad triste”.

Pero se encuentran con una realidad inesperada, se trata de un día de mitad de semana, las grandes boites se hallan prácticamente vacías, con una pocas y aburridas damiselas que en vano intentan conseguir que los decepcionados visitantes las conviden a beber una copa de champagne.

Luego de realizar breves incursiones igualmente deprimentes en varios de los grandes cabarets, acuerdan dar por finalizado el lamentable tour y deciden volver a su barco pero, ay, llevan mucho camino recorrido, la hora es tardía y creen, vagamente, que su barco les espera en un lugar algo distante, al otro lado de las enmarañadas callejuelas del puerto.

Lo que sigue, está relatado en la memorias del poeta:

“Tomamos un risksha para cada uno. Nosotros no estábamos acostumbrados a este transporte de caballos humanos. Aquellos chinos de 1928 trotaban, tirando sin descansar el carrito, durante largas distancias.

Como había empezado a llover y se acentuaba la lluvia, nuestros riskshamen detuvieron con delicadeza sus carruajes. Taparon cuidadosamente con una tela impermeable las delanteras de los riskshas para que ni una gota salpicara nuestras narices extranjeras.

Qué raza tan fina y cuidadosa. No en vano transcurrieron dos mil años de cultura, pensábamos Álvaro y yo, cada uno en su asiento rodante.

Sin embargo, algo comenzó a inquietarme. No veía nada, encerrado bajo un cerco de cumplidas precauciones, pero sí oía, a pesar de la tela engomada, la voz de mi conductor que emitía una especie de zumbido. Al ruido de sus pies descalzos se unieron luego otros ruidos rítmicos de pies descalzos que trotaban por el pavimento mojado. Finalmente se amortiguaron los ruidos, signo de que el pavimento había concluido. Seguramente marchábamos ahora por terrenos baldíos, fuera de la ciudad.

De repente se detuvo mi risksha. El conductor desató con destreza la tela que me protegía de la lluvia. No había ni sombra de barco en aquel suburbio despoblado. La otra risksha estaba parada a mi lado y Álvaro se bajó desconcertado de su asiento.

–Money, money– repetían con voz tranquila los siete u ocho chinos que nos rodeaban”⁴⁸.

El imprudente gesto que hace Álvaro en ese momento – simulando buscar un arma en el bolsillo trasero del pantalón– basta para que sean atacados, cada uno recibiendo un único y certero golpe en la nuca. Pero son gentiles estos bandidos transportistas, ya que antes de que sus pasajeros se vayan al suelo, los cogen en el aire y los recuestan delicadamente sobre la tierra mojada, para luego, con igual delicadeza, repasar todos sus bolsillos y posibles escondrijos de dinero.

Todo se lo llevan, respetando apenas sus papeles y pasaportes.

Es así como en Shangai ambos se gradúan de Experimentados Viajeros en Oriente, felices, después de todo, de conseguir retornar con vida y con salud –aunque no sin enormes dificultades– al seguro amparo de su barco, al precario confort de sus ahora añorados camarotes de tercera.

Más adelante, en Yokohama, punto final de esta travesía, vuelven a encontrarse en una muy difícil situación, cuando descubren que no ha llegado una remesa de dinero que debía estar allí, esperándoles, de acuerdo a previsiones oportunamente tomadas por Neruda.

Después de varios días de pasar privaciones y de pernoctar en un miserable refugio de marineros, reclamando cada día, ora en el Banco, ora en el Consulado el dinero pendiente, vienen a descubrir con comprensible ira que el infatuado Cónsul de Chile en Yokohama, con el que ya habían tratado el asunto varias veces, simplemente no había reparado en que ya estaba en su poder –desde antes del arribo de los dos viajeros– la famosa y a estas alturas terriblemente necesaria remesa de fondos.

Para resarcir penas y hambrunas, los dos amigos hacen lo mismo que solían hacer en Santiago, cuando llegaba a manos de alguno de ellos una cantidad de dinero más o menos consistente.

“Aquella noche –dice el poeta– nos fuimos al mejor café de Tokio, el “Kuroncko”, en la Ghinza. Se comía bien por esos tiempos en Tokio, amén de la semana de hambre que sazónaba los manjares. En la buena compañía de deliciosas muchachas japonesas, brindamos muchas veces en honor de todos los viajeros desdichados, desatendidos por cónsules perversos que andan desparramados por el mundo”⁴⁹.

Recién ahora, con algo de dinero en el bolsillo, puede pensar en enviar noticias suyas a Laura. Y desde Tokio le envía una postal en que confiesa su admiración por las muchachas del Japón, que le han hecho conocer y apreciar en una sola noche la gentil flor de su cortesía.

⁴⁸ P. Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 102-103.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 105.

Pero el tiempo que pueden permanecer en el Japón es limitado y ya es hora de que inicien sin mayores demoras el viaje de regreso.

Y es lo que hacen, retrocediendo lentamente sobre un camino ya conocido.

Al pasar nuevamente por Shangai, el poeta siente la necesidad de completar las noticias enviadas a su hermana Laura, y con fecha 22 de febrero le envía no ya una simple postal, sino una carta bastante substanciosa.

Se trata de una carta muy interesante, que equivale a un resumen global de este azaroso viaje, y que documenta, por otra parte, el pésimo estado de ánimo con que el poeta previsualiza su inminente retorno a su puesto en Rangoon. Aparece aquí también –como un tema recurrente que desde aquí en adelante siempre estará presente– la idea de volver a Europa, sea como fuere.

Vale la pena considerar la carta en su conjunto:

“Mi querida conejita: creo que una tarjeta mía anterior te habrá informado que desde hace un mes estoy fuera de Rangoon, y que he viajado por muchos países del Asia. Ahora te escribo desde el barco, de vuelta del Japón, país muy hermoso, donde me gustaría haberme quedado. Desgraciadamente es una mala época del año, en Japón hacía un frío del demonio, y quise regresar a Rangoon cuanto antes por temor de las pulmonías y los estornudos. Me parece difícil contar a Uds. las infinitas cosas raras que llena este lado del mundo: todo es distinto, las costumbres, las religiones, los trajes, parecen pertenecer más a un país visto en sueños que en la realidad de cada día.

Yo estoy bastante aburrido en Rangoon, y pienso irme de allí en corto tiempo. No te puedo describir el calor que hace, es como vivir en un horno día y noche. Toda la gente termina por enfermarse de malaria, pero por suerte las fiebres que he tenido hasta ahora se fueron pronto. Yo quiero ir a terminar mis estudios a Europa, y como es muy difícil, imposible más bien, que cambien a un Cónsul antes de 5 años, creo que cualquier día haré mis maletas y me iré aunque corra el peligro de morirme de hambre. La vida en Rangoon es un destierro terrible, yo no nací para pasarme la vida en tal infierno.

Ahora, qué haré para vivir en Europa? Con muy poco dinero podría comer y dormir allí, pero, dónde conseguir ese poco? Para mí todo es difícil, y me siento cansado y enfermo. En fin, creo que te cuento inútilmente estas cosas que no pueden interesar gran cosa a Uds.

Creo que hallaré alguna carta tuya en Rangoon, saluda afectuosamente a mi padre, a mi mamá, a Rodolfo, Teresa, Raúl, y tú misma recibe gran cantidad de cariño.

Tu hermano Neftalí Ricardo”⁵⁰.

Es con estas tribulaciones y con estos sueños que el poeta regresa finalmente a Rangoon, enriquecido, claro está, con un extenso repertorio de imágenes

⁵⁰ Pablo Neruda, *Cartas a Laura*, ob. cit., p. 36.

y sensaciones, pero lastrado con este viejo fardo existencial que es el mismo que traje consigo desde Chile: la falta de recursos.

Con muy poco dinero, en efecto, podría arreglárselas en Madrid, en París... pero, como él mismo reconoce: "¿Dónde conseguir ese poco?".

Si se analiza en detalle la producción literaria de Neruda en estos días, se verá que durante el viaje que acaba de realizar por el sudeste de Asia no surge ningún poema-registro que hubiese podido integrarse por derecho propio a *Residencia en la tierra*, libro por entonces en plena formación.

Investigadores acuciosos, examinando con ojos detectivescos las condiciones y vicisitudes del viaje, podrían llegar a la conclusión de que no estaba el horno para bollos ni el temporal para sopaipillas durante esta travesía. Esto es algo perfectamente conjeturable, pero no está de más recordar que para Neruda –y para muchísimos poetas– nunca fue el rigor de las condiciones materiales algo que ahuyentara a la poesía. Muchas veces ocurrió exactamente lo contrario.

Sea como fuere, lo concreto es que no han quedado poemas directa o indirectamente asociados a los parajes de la China o del Japón entrevistados durante este viaje, y que sólo dos crónicas, la ya citada *Invierno en los puertos*, escrita en Shangai y *Nombre de un muerto*, escrita en Singapur en recuerdo del poeta Augusto Winter, habrán de testimoniar la producción literaria de Neruda en este breve período.

Cartas para Chile. Cartas para Argentina

Los primeros meses del año son aquí en Birmania los meses del horno climático permanentemente encendido. Un clima hecho de fiebre y desesperación.

Después del viaje recientemente efectuado, el poeta descubre que se está convirtiendo en un experto sufridor de climas. Del extremo frío al extremo calor, pasando por el relativo alivio que aportan los meses del Monzón.

En un poema muy posterior, Neruda vuelve su mirada hacia estos días y recuerda su duro aprendizaje de estas demasías climáticas, de estas intensidades de colores, calores y perfumes:

*"Aprendí el calor
como se aprenden las lágrimas, con sobresalto:
aprendí los meses del Monzón y la insensata
fragancia del mango de Mandalay (penetrante
como flecha veloz de marfil y mejilla),
y respeté los templos sucios de mis semejantes,
oscuros como yo mismo, idólatras como todos los hombres"⁵¹.*

Pero el viaje al Sudeste Asiático es cosa del pasado, y ahora estamos otra vez en Rangoon, marzo de 1928, enfrentando nuevamente lo que este "destierro terrible" tiene que ofrecer.

Si el poeta hubiera podido volver de su reciente viaje con un poco del frío de la China, con una dulce japonesita del Japón, tal vez las cartas que empiezan a salir de sus manos llevarían otra entonación, otra expresión de sentimientos menos desvalidos que este sofocado y en ocasiones desesperado "lamento lento" que las caracteriza.

La mayor parte de la correspondencia originada en el Oriente tiene desde el comienzo dos particulares destinaciones: Chile y Argentina. Se trata de las cartas que el poeta escribe a su hermana Laura, en Temuco; y las que envía al escritor Héctor Eandi, en Buenos Aires.

⁵¹ Pablo Neruda, *Santos revisitados*, (*La Barcarola*), p. 121.

En carta a su hermana Laura, fechada el 31 de marzo de 1928, el poeta escribe:

“Mi simpática hermanita:

Entiendo que habrán recibido mis cartas anteriores, y las que te escribí desde China y Japón. Recién he vuelto, y empiezo otra vez con Rangoon, quizá hasta cuando. Aquí habían dos cartas tuyas que te agradezco muchísimo: sentí mucho la muerte del pobre Winter y escribí un artículo para *La Nación*, que quizás ya habrás leído. A mí no me pasa nada de nuevo, ya estoy más acostumbrado al clima, y el calor me molesta menos. Aquí no se sale a la calle sino después de las cinco de la tarde, antes el sol quema como fuego. A esa hora ya se puede respirar”⁵².

El “pobre Winter”, es naturalmente Augusto Winter, personaje un tanto fantasmal en su deliberada elección de lejanía y soledad; un poeta con el cual Neruda había hecho amistad en sus años de transición entre la niñez y la adolescencia, cuando pasaba sus veranos en Puerto Saavedra y se intoxicaba por partida doble con el esplendor de la naturaleza y con esa otra clase de resplandor que viene de los libros.

Evocando esos días, Neruda dirá en sus memorias: “Mi avidez de lectura no descansaba de día ni de noche. En la costa, en el pequeño Puerto Saavedra, encontré una biblioteca municipal y un viejo poeta, don Augusto Winter, que se admiraba de mi voracidad literaria. ‘Ya los leyó?’, me decía, pasándome un nuevo Vargas Vila, un Ibsen, un Rocambole. Como un avestruz, yo tragaba sin discriminar”⁵³.

Es en una de estas temporadas veraniegas, específicamente en la del año 1924, que Augusto Winter asiste al proceso final que reúne ese puñado de poemas que irán a constituir el futuro libro *Veinte poemas de Amor y una canción desesperada*. Su participación en este hecho no es sólo presencial, ya que el joven poeta ha encontrado en el viejo poeta un colaborador que aquilata la calidad de esos versos y que le ayuda gustosamente en la tarea nada fácil de copiar a máquina la versión definitiva, lista para imprenta, de estos poemas memorables.

Agradecido de esta ayuda, Neruda la evocará mucho más tarde, a través de unas palabras que se incluyen en la edición conmemorativa del millón de ejemplares de los *20 Poemas*, publicada en 1961 por la Editorial Losada. Dice Neruda: “Puedo anotar que el viejo poeta Augusto Winter, autor del famoso poema de la época, ‘La fuga de los cisnes’, me ayudó a copiar a máquina casi todo el libro. Yo insistí que este fuera copiado en papel de estraza en formato cuadrado. También decidí que los bordes de las páginas debieran ser dentados, para lo cual el pobre don Augusto, víctima de mis caprichos, haciendo presión con el serrucho sobre el

⁵² Pablo Neruda, *Cartas a Laura*, ob. cit., p. 22.

⁵³ Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 24.

papel, dejaba cada página maravillosamente dentada. El noble poeta, con su barba blanca y amarilla, celebraba todas mis extravagancias”.

Ahora, aquí en Oriente, el artículo que Neruda ha escrito en homenaje a Winter es una bella página que lleva por título *Nombre de un muerto*.

En este artículo, Neruda habla de Winter con unas estremecedoras palabras que –cosa notable– podrían ser igualmente válidas para sí mismo, para su propia y particular condición de soledad y abandono. Espiguemos algunos párrafos, en que el poeta retrata al poeta:

–“En su cercanía más próxima había libracos, sabidurías, y a su alrededor un cortinaje denso de lluvia y alcoholismo. Hasta mis recuerdos se asustan de aquellas soledades!”.

–“Yo espíe sus pasos de la tarde en que, paso a paso por la orilla de un mundo amortecido, miraba como para adentro, como para recorrer sus propias extensiones. Pobre, solo!”.

–“Yo recuerdo su casa, su tabaco, su teosofía, su catolicismo, su ateísmo, y lo veo tendido, durmiendo, escoltado por tales costumbres y ansiedades. Yo admiro su figura y con horror me persigno ante ella, para que me favorezca: –Apártate, soledad tan tremenda!”.

–“Su poesía es el caer y recaer de un sonido desolado, es la pérdida y la devolución de una substancia desgarradora. Pero había además en él una trepidación de insostenibles desesperaciones. Yo lo noté visitado por las incertidumbres y, a un mismo tiempo, comían de su alma la paloma y el látigo. Su existencia buscaba un Derrotero, sus condiciones dolientes rechazaban y exigían”⁵⁴.

No es necesario subrayar la dolorosa, la profunda comprensión humana que subyace en estas palabras. En otras latitudes, rodeado de otras soledades, Neruda evoca a Winter y lo entiende ahora a cabalidad, con una comprensión que nace de su doble hermandad de poeta y de solitario.

En este homenaje a Winter también se deslizan, cómo no, algunas de esas palabras o giros expresivos que circulan por los poemas de *Residencia* y que son palabras claves del sentir y del pensar que este tiempo y estas circunstancias inspiran: *extensiones... sonido desolado... visitado por incertidumbres... condiciones dolientes...*

Otro aspecto de especial interés en este artículo es su carácter inaugural: es el primero, en efecto, de una serie de homenajes a amigos fallecidos, unos textos que el propio Neruda llamará en alguna ocasión “necrologías”. A partir de ahora, cada vez que alguno de sus muertos queridos se lo exija, Neruda compondrá de inmediato, como entrañable reacción ante esa pérdida, un elogio, un lamento, una canción de despedida; prosa o verso de excepcional calidad poética.

⁵⁴ Pablo Neruda: *Para nacer he nacido*, ob. cit., pp. 52-53.

Cronológicamente será *Ausencia de Joaquín*, un poema escrito en 1930 y dedicado a su malogrado amigo el poeta Joaquín Cifuentes Sepúlveda, el que continúe la serie, y luego, con el correr del tiempo varios otros, siendo probablemente el titulado *Alberto Rojas Jiménez viene volando* el más famoso entre todos ellos.

Pero sigamos examinando la carta que Neruda envía a su hermana, y cuya referencia a Winter ha motivado las líneas anteriores. La carta que comentamos expresa más adelante:

“No sé cuándo saldré de aquí, ni en qué estado. A veces, como te decía, me aburro demasiado. Mi interés mayor está en Europa; solamente allí quiero vivir. Mientras más pronto, mejor. En la India la vida es muy cara; sólo en pensión debo pagar más de seiscientos pesos. Todas las cosas cuestan el triple de lo que cuestan en Chile. Fuera de Europa lo que más me gusta es el Japón. Allí pasé unos días muy agradables, y si tuviera dinero, volvería; la gente es amable y sonrío por todo, las japonesas son muy lindas, la vida es fácil”.

En esta carta que Neruda escribe a Laura —como en todas las que seguirán— se entremezclan referencias familiares, hechos circunstanciales, y aparecen de tanto en tanto las noticias personales, las reflexiones íntimas, que son fragmentos de su vida que el poeta se aviene a compartir con su familia.

El lector ya habrá reparado que las cartas que Neruda escribe a su hermana son, en realidad, cartas colectivas, que teniendo a Laura como destinataria están dirigidas a toda la familia e incluso al círculo más inmediato de los amigos. Este procedimiento tiene mucho de conveniente, no sólo por economías de franqueo y de tiempo, sino también porque facilita un contacto epistolar indirecto con su padre, un contacto filtrado, por así decir, de un trato protocolar y quizá más difícil de articular. Es del caso señalar que en el epistolario enviado por el poeta desde el Oriente, sólo figura una carta expresamente dirigida a don José del Carmen Reyes.

Complementando estos párrafos aparecen otros de índole netamente familiar, en que envía saludos y recomendaciones a su madre, a los parientes y amigos, además de una exhortación bien precisa a Laura a quien ordena: “me contarás qué pasa por allí”. La carta termina con una reflexión un tanto sombría y hasta desconsiderada, dado el cariño que sentía por su hermana:

“Bueno, confórmate con estas pocas palabras, ya que las demás cosas que me pasan no las entenderías ni te interesarían. Harás bien en escribirme con frecuencia, abro con ansiedad las pocas cartas que recibo”.

Una de las pocas personas —la única en este momento— a quien el poeta puede contar esas otras cosas que le ocurren es su reciente amigo epistolar Héctor Eandi, de quien ha recibido no hace mucho una breve carta fechada el 11 de diciembre de 1927, y que tiene esta particularidad: es la respuesta de Eandi a la primera carta que le ha enviado Neruda desde Oriente y es, en consecuencia, la que deja establecido entre ambos un nexo epistolar que se prolongará por varios años.

“Mi querido compañero –dice Eandi– quisiera que, al hacerse el balance de su buenas acciones, le fuera tenida en cuenta su carta: tan bien llegada ha sido para mí.

Sin poner en mis cosas presunción ni amor propio, me dolía un poco el silencio suyo, tan persistidor: reacción de un afecto que se sentía solo. [...] Ahora lo escucho, desde esa distancia de tanto mar y tanta tierra, y ya siento que somos los amigos que siempre debimos ser”.

La generosa comprensión de Eandi hacia el aislamiento en que se encuentra su nuevo amigo le lleva a incluir junto a su carta un ejemplar del libro de Güiraldes “Don Segundo Sombra”, anunciándole para el futuro el envío de nuevas cosas. “Dígame sus preferencias –le sugiere– por algo nuestro, si las tiene, para poner a su alcance lo que me sea posible”. Y concluye con una expresión de buenos deseos: “Que su vivir de allá, tan alejado, le sea fructuoso, mi amigo, para la cabal conquista de su espíritu. Yo, desde lejos, lo acompaño comprensivamente. Siéntame su muy amigo, desde ahora, y para lo que vendrá”⁵⁵.

Lo que vendrá significa nada menos que acompañar a la distancia todas las etapas de la residencia de Neruda en Oriente, seguir la huella de sus sucesivos puestos consulares y, sobre todo, ser primer lector de muchos de los poemas del futuro libro *Residencia en la tierra*.

Eandi será el testigo, el crítico y el amigo capaz de hablarle en su mismo idioma, y entender el arduo proceso creativo en que el poeta está empeñado.

Es natural entonces que sea Eandi la persona más receptiva y el amigo más providencial a quien Neruda puede hacer partícipe de sus confidencias literarias, de sus angustias de poeta empeñado en sacarle brillo a las tinieblas; alguien a quien contar las cosas menudas o graves que le afectan en estos territorios de tan difícil asimilación.

El 11 de mayo el poeta se decide a responder aquella carta, poniendo por escrito un resumen de su vida actual, que envía a este amigo a quien no teme importunar con sus confidencias:

“Querido amigo: Quiero salir ahora de un estado de espíritu verdaderamente miserable escribiéndole en contestación a su valiosa y noble carta que he leído tantas veces con mucho placer. A medida que he ido viviendo he hecho más y más difícil mi trabajo literario, he ido rechazando y enterrando cosas que me eran bien queridas, de tal manera que me lo paso en preocupaciones pobres, en pensamientos escasos, influenciado por esas súbitas salidas, cuyo contenido voy reemplazando muy lentamente”⁵⁶.

Tales conceptos aparecen como imprescindibles para la mejor comprensión de la etapa creativa que vive el poeta. Y nada hay en esta carta de banal o

⁵⁵ Neruda/Eandi, *Correspondencia durante Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 32.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 33.

cotidiano, nada que se parezca a un circunspecto intercambio de cortesías epistolares. Se trata de la más franca y desnuda expresión de sentimientos. Eandi ha pasado a ser el hermano a quien nada se oculta, y estos íntimos dolores que se cuentan no llegan a ser impúdicos ni inoportunos, son la más cabal expresión de la confianza que deposita en su corresponsal.

Ahora bien, en ningún otro momento Neruda llegará a ser tan explícito al describir la terrible tensión creativa a que se halla sometido en estos días:

“A veces por largo tiempo estoy así tan vacío, sin poder expresar nada ni verificar nada en mi interior, y una violenta disposición poética que no deja de existir en mí, me va dando cada vez una vía más inaccesible, de modo que gran parte de mi labor se cumple con sufrimiento, por la necesidad de ocupar un dominio un poco remoto con una fuerza seguramente demasiado débil. No le hablo de duda o de pensamientos desorientados, no, sino de una aspiración que no se satisface, de una conciencia exasperada. Mis libros son ese hacinamiento de ansiedades sin salida”.⁵⁷

¿Cómo no recordar, leyendo estas líneas, un poema como *Sistema sombrío*, que data precisamente de estos días?

*De cada uno de estos días negros como viejos hierros,
y abiertos por el sol como grandes bueyes rojos,
y apenas sostenido por el aire y por los sueños,
y desaparecido irremediabilmente y de pronto,
nada ha substituido mis perturbados orígenes,
y las desiguales medidas que circulan en mi corazón
allí se fragua de día y de noche, solitariamente,
y abarcan desordenadas y tristes cantidades.*

*Así, pues, como un vigía tornado insensible y ciego,
incrédulo y condenado a un doloroso acecho,
frente a la pared en que cada día del tiempo se une,
mis rostros diferentes se arriman y encadenan
como grandes flores pálidas y pesadas
tenazmente substituidas y difuntas*⁵⁸.

Trayendo un poco de alivio a la soledad y a la mudez en lengua castellana a que se halla sometido el poeta aquí en Oriente –mérito harto significativo– la correspondencia que Neruda establece con Eandi va documentando además, de manera muy valiosa, el proceso de gestación de *Residencia en la tierra I*, entregando antecedentes de primera mano sobre fechas y circunstancias.

⁵⁷ Ibid., p. 33.

⁵⁸ Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 39.

Podría pensarse que es en la persona de Eandi, en su actitud receptiva y por qué no decirlo, en su admiración francamente exteriorizada en donde Neruda ha encontrado algo de lo que esperaba encontrar en Madrid. Es por eso que su carta finaliza con unas palabras que trasuntan un real y sincero agradecimiento:

“Usted, Eandi, al preocuparse de mí con tanta inteligencia se acerca a mí más allá de la significación literaria, me toca usted en lo más profundo y personal. Tengo que abrazarlo, Eandi, debo agradecerle mucho”⁵⁹.

Desde aquí en adelante, numerosas serán las cartas que cruzarán los océanos, uniendo a estos dos escritores que han llegado a hermanarse sin conocerse personalmente.

En el libro que Margarita Aguirre compiló en 1980 con estas cartas, figuran 24 escritas por Neruda y 11 escritas por Eandi, número apreciable que sin embargo deja entrever la lamentable pérdida de algunas otras epístolas que no sobrevivieron entre los papeles personales de uno y otro correspondiente.

Sea como fuere, este conjunto epistolar destaca con especiales características documentales, al establecer un cuerpo de referencias indispensables para el conocimiento de la vida y obra del poeta durante este período.

⁵⁹ Neruda/Eandi, *Correspondencia durante Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 33.

Her name is Josie Bliss

Con una característica reserva y un pudor varonil que mantuvo toda su vida, Neruda evita incluir en sus cartas o en sus trabajos literarios referencias más o menos explícitas acerca de las muchas mujeres que compartieron su cama en calidad de pasajeras, y cuando estas referencias sí aparecen, es porque están de alguna manera transmutadas, sublimadas o convertidas en poéticos vestigios que en nada afectan el recuerdo o a la identidad de las ocasionales compañeras.

A los pocos meses de su estadía en Rangoon, el joven Cónsul de raza blanca y de inconfortable soltería entre sus pares, cae en forma inevitable en los brazos de una muchacha birmana, de quien ni siquiera sabemos el nombre verdadero, ya que era práctica común entre la población local que mantuviera trato frecuente con los ingleses, adoptar nombres breves y sonoros –de cuño anglosajón– para facilitar las relaciones interpersonales, fueran éstas de negocios, de servicio doméstico u otras.

Después de ocurrido aquél no tan lejano episodio en que la *high society* local, liderada por los funcionarios coloniales ingleses literalmente le da vuelta las espaldas al joven Cónsul chileno condenándolo al ostracismo social, éste se ha quedado más solo que nunca –si es que esto es posible– y ha pasado a ser la más perfecta encarnación del poeta que interroga sin cesar la soledad que le rodea. (Resulta curioso anotar que Neruda hará toda su travesía por Oriente bajo su nombre civil de Ricardo Reyes, sin ser jamás reconocido como poeta, primero, y luego como poeta que respondiera al nombre de Pablo Neruda).

Este es el tiempo en que Neruda se desplaza en círculos de conocimiento cada vez más amplios por esos extraños paisajes, buscando en la contemplación de pagodas, tumbas y monumentos una suerte de aproximación visceral a la realidad que esa cultura y esos hombres y mujeres representan. A lo milenario que persiste en sus credos y en sus ritos. A lo contemporáneo, que es lo que se muestra al poeta en sus diarios recorridos por calles y mercados.

Y de estas aproximaciones, de esta convivencia sin prejuicios ni tabúes con la población birmana no tardará en surgir una inevitable relación afectiva.

Demos entonces la bienvenida a Josie Bliss.

Dice el poeta en sus memorias: "Me adentré tanto en el alma y la vida de esa gente, que me enamoré de una nativa. Se vestía como una inglesa y su nombre de calle era Josie Bliss. Pero en la intimidad de su casa, que pronto compartí, se despojaba de tales prendas y de tal nombre para usar su deslumbrante sarong y su recóndito nombre birmano"⁶⁰.

Para el poeta, Josie Bliss representa en estos momentos la encarnación de la femineidad más deseada, la que une lo erótico a lo exótico; la que le permite establecer un puente afectivo –una especie de anhelada familiaridad– entre su persona y el entorno que le rodea, una presencia mediadora entre su desolada condición de extranjero y estas tierras y esta gente que le resultan tan impenetrables.

En las palabras del poeta, su necesidad vital de arraigo, de permanencia, es algo que todo el tiempo está presente. En las carencias y soledades de Rangoon, lejos de la familia y los amigos, lejos de la lengua materna y de "las buenas y grandes ciudades", el poeta encuentra en Josie Bliss la mujer que puede actuar como una especie de intérprete entre este sudamericano de habla hispana y esta sociedad anglo-birmana en la que él ha venido a caer. Es entonces esta muchacha birmana –con la que Neruda sólo puede entenderse en Inglés– la que le ayuda a establecer un simulacro de hogar, una residencia inevitablemente provisoria, un refugio temporal que tiene algo de campamento de explorador o de tienda de soldado. Un mínimo lugar donde asentarse y existir.

Para Josie Bliss y sobre ella, Neruda escribirá dos poemas de especial interés dentro del libro *Residencia en la tierra*. El primero de ellos se denomina *Tango del viudo* y el segundo lleva directamente su nombre: *Josie Bliss*, sin que existiera en apariencia –y por muchos años– ninguna relación entre uno y otro. Para el acucioso Amado Alonso, que se preocupó de perseguir a Neruda hasta el límite del fastidio con la intención de obtener toda la información que pudiera recoger sobre la génesis de *Residencia*, tiene que haber sido doloroso dejar estampado en 1940, en su exhaustivo trabajo "Poesía y estilo de Pablo Neruda", la siguiente reflexión "nada sé de quien fuera Josie Bliss".

Esa misma falta de antecedentes habría de persistir en los años siguientes, y por muchísimo tiempo nadie tendrá la más mínima referencia sobre la mujer de carne y hueso que existía tras este nombre. En efecto, en ninguna de las cartas que el poeta dirige por estos días a su amigo Héctor Eandi –muchas de ellas matizadas de íntimas confidencias– aparece el nombre de Josie Bliss; como tampoco figura en la correspondencia que dirige a su hermana Laura.

Sólo en el año 1962, cuando se dé a conocer una primera versión de las memorias de Neruda en la Revista "O Cruzeiro" los lectores de *Residencia en la tierra* vendrán a saber que la enigmática Josie Bliss que figura en uno de los poemas de la segunda parte del libro, es la misma que aparece bajo el apelativo de "La

⁶⁰ Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 124.

Maligna" en *Tango del viudo*. Revelado quedará asimismo el vínculo sentimental que entre ambos existía.

Viene aquí a la memoria, como hecho anecdótico, una de las reticentes críticas que la poesía amorosa de Neruda había recibido hace cuatro años en Santiago, en la que se ponía en duda la existencia real de las amadas que habían dado origen a esos cantos de amor tan desmesurados. Comentando los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y después de afirmar que "Es demasiado visible la trama del tejido literario para que el lector llegue a la emoción y vibre con el poeta", Mariano Latorre concluye: "Querría saber, sería un documento interesante, el efecto que producirán esos poemas de amor en la amada del poeta, si esta amada no es un truco literario. No sería, por lo demás, el primer caso en la historia literaria de la humanidad"⁶¹.

Ahora ya sabemos que tanto en el caso actual, como en el anterior, esas musas no eran el mero recurso lírico de un joven poeta que necesita un pretexto para cantar al amor. Las amadas sí existían, pero permanecerían por mucho tiempo en las sombras, convertidas en presencias silenciosas, sin rostro públicamente conocido.

Para valorizar debidamente a Josie Bliss dentro de la vida del poeta, es del caso señalar un hecho que resulta muy significativo: durante el período de 10 años durante los cuales se van gestando los poemas del libro *Residencia en la tierra I - II* varias son las figuras femeninas que podrían haberse convertido en tema central de algunos de los 56 poemas de esta obra. En este lapso, varias amadas han quedado atrás en el lejano Chile; entre ellas Albertina Rosa Azócar, la que pudo ser la esposa y que pese a los ruegos del poeta no vendrá a encontrarse con él aquí, en el Oriente. Y luego, la esposa javanesa, con justos títulos para irradiar su presencia y su recuerdo en la poesía de estos días, y sin embargo la menos nombrada, la menos poetizada de todas las mujeres.

Con la sola excepción de Albertina Rosa –a quien están dedicados varios de los poemas del libro en gestación– ninguna de aquellas otras mujeres alcanza la gravitación que tiene Josie Bliss en los versos de *Residencia*.

En el conjunto de la obra de Neruda, no son muchas las mujeres que dan lugar a una evocación poética reiterada a través de los años, atravesando países y continentes, asimilándose a diversos ciclos poéticos y recreando sentimientos de pérdida y hallazgo siempre renovados.

Josie Bliss es una de ellas.

⁶¹ Mariano Latorre: Crítica a 20 Poemas de Amor, Zig-Zag, 16-08-24.

Vivir con Josie Bliss

Inmediatamente después de su regreso del sudeste asiático, en este mes de marzo de 1928, el joven Cónsul ha terminado por aceptar que debe dar cierta estabilidad a su vida y cierta respetabilidad a su vivienda –no más aventuras callejeras y dispares alojamientos de una noche– y busca asentarse, de una manera u otra, en alguna de esas temidas y costosas *pensiones*, que ya ha mencionado en sus cartas a Laura, y acerca de las cuales se ha informado, naturalmente, tratando de saber qué se puede esperar de las más modestas y baratas, las únicas a las que puede aspirar en estos momentos.

¡Qué diablos! En la calle no se puede vivir como viven aquí en verdad los mendigos y los parias, y no es del caso continuar imitando los usos de la bohemia santiaguina de otros tiempos, pernoctando en cualquier lugar y de cualquier modo, como han hecho aquí en ocasiones junto a Álvaro Hinojosa.

Pero no necesitaba ser tan terrible, después de todo, vivir en uno de estos lugares, hasta cierto punto familiares para quien ya había frecuentado en Santiago de Chile –durante su época de estudiante en la capital– numerosos alojamientos de este tipo, piezas pobremente amobladas, discretos e incluso miserables sitios donde refugiar penas y sueños.

Y aunque todo lo que llamamos *provisorio* puede resultar tolerable, por ser circunstancial, por ser cosa de poca duración, el joven Cónsul no puede dejar de pensar que a sus 24 años ya sería hora de que tales circunstancias cambiaran, y que su esquiva suerte dejara de mostrarle aquello que ya conoce en demasía: las mismas viejas realidades, un precario habitar, un difícil vivir.

Un cierto tiempo transcurre. Pasan días y noches y semanas, sin memoria digna de mayor recordación. Hasta que sobreviene la mujer.

Cuando el poeta se prepara para enfrentar de la mejor manera posible sus tribulaciones en Rangoon, es en este crucial momento cuando conoce a una mujer que habrá de dejar una huella indeleble en su vida y su poesía.

Ella es –entre todas las mujeres de Birmania– la que consigue un lugar no sólo en la cama sino también en el corazón del joven Cónsul.

Josie Bliss es la mujer que lo reconcilia con Oriente.

Ella es la Embajadora que la nación Birmana designa para que acoja con sabiduría de mujer y con la devoción propia de su raza a este desvalido extranjero, que tan huérfano parece estar de todo lo esencial.

Tanto así, como para que el poeta tome un buen día la decisión de irse a vivir con ella, desafiando de una olímpica manera las convenciones sociales y terminando así de completar la ruptura de todo posible nexo entre su persona y la comunidad anglo-india en medio de la cual –debido a su condición de Cónsul– debería haber hallado natural cabida.

Un nexo que era por lo demás bastante precario, como ya hemos visto con anterioridad.

Pero el poeta conoce exactamente la dimensión de lo que ha hecho.

Conoce por anticipado lo que aquí se estila, lo que el *establishment* colonial tiene dispuesto para situaciones como esta. Ahora se ha convertido en un caso más de extravío pasional. Otro nombre que agregar a la breve lista de hombres blancos que se dejan caer en los brazos de una nativa, conducta ciertamente indecorosa, ante la cual no queda otra cosa que el rechazo absoluto. Borrado de las listas. Olvidado. Inexistente. Mal ejemplo para los buenos funcionarios del *Civil Service* imperial.

Hay un pliegue de desprecio, de afectada compasión o de franco rechazo en la boca de las ladies que se dignan, por un momento, tocar un tema como este en su mundana conversación.

Algún cínico funcionario del círculo consular pudo haber dicho –entre un whisky y otro– que era un caso de simple y clara conveniencia. Ese pobre tipo de Sudamérica, con ese ridículo cargo consular más decorativo que real, no tenía en verdad donde caerse muerto. Allá él con su amante nativa... y que los dioses le sean favorables...

Pero él la ama. La ama con esa desmesurada fuerza que tiene este poeta para amar a una particular mujer en un particular momento de su vida. Apegado a su cintura, el poeta vuelve a existir, retoma un atisbo de normalidad y su íntimo yo se estabiliza, porque en ese infierno extranjero, amigos, estaba a punto de ser aniquilado.

Ironía de ironías, paradoja de paradojas: esta dulce-salvaje mujer será la misma que le amenace de muerte, cuando un día no tan lejano, envenenada por los celos, evolucione de fiel esclava a una perturbada “terrorista amorosa”, capaz incluso de matar antes de perder al ser que ama.

Pero eso está aún en el futuro. Ahora, el poeta se va a vivir con ella en uno de esos pequeños bungalows que crecen en la afueras de la ciudad. Allí viven y conviven. Allí se aman bajo esa luz intensa y ese calor abrasador, rodeados de selva y mar, olvidados del mundo y creyendo residir –por algunos momentos– en el paraíso terrenal.

Y porque el poeta la ama, escribe unos versos en que habla de la vida que llevan. De la vida que comparten. Ella y él... *Juntos nosotros...*

*Qué pura eres de sol o de noche caída,
qué triunfal desmedida tu órbita de blanco,
y tu pecho de pan, alto de clima,
tu corona de árboles negros, bienamada,
y tu nariz de animal solitario, de oveja salvaje
que huele a sombra y a precipitada fuga tiránica.*

Nada hay en esta soledad en que viven que los inhiba o los contenga. Nadie hay –parientes, amigos, vecinos– que tenga capacidad de opinar, comentar, vigilar o censurar esto que ocurre. Adánico es quizá este episodio, en lo que tiene de natural y primitivo. Adánico, tal vez, pero sin que exista aquí una culpa latente, una culpa que permanezca rondando junto al lecho y mordiendo rabiosamente los desnudos talones de los amantes. No existe aquí el peso o la opresión de lo externo. Lo que existe aquí es algo que recuerda al primer y luego desechado título que Neruda asignó a sus *Veinte poemas*: “Poemas de un hombre y una mujer”... Sólo eso y nada más que eso. Una hombre. Una mujer. Y como irradiación de todo ello, la poesía...

*Y tú como un mes de estrella, como un beso fijo,
como estructura de ala, o comienzos de otoño,
niña, mi partidaria, mi amorosa,
la luz hace su lecho bajo tus grandes párpados,
dorados como bueyes, y la paloma redonda
hace sus nidos blancos frecuentemente en ti.
Hecha de ola en lingotes y tenazas blancas,
tu salud de manzana furiosa se estira sin límite,
el tonel temblador en que escucha tu estómago,
tus manos hijas de la harina y del cielo.*

Al parecer no existe, nunca hubo entre los papeles y documentos del poeta un retrato de Josie, una fotografía pequeña o ajada o defectuosa que diera al menos un rostro, unos ojos, una boca a esta mujer birmana a quien las palabras del amante visten de claridad y al mismo tiempo de misterio.

Piel oscura, cabellos renegridos en los cuales estalla una flor de amarilla encarnación, pies desnudos, nariz sensitiva y fina, un ser elástico en que conviven la manzana y la pantera. Tentación y entrega. Acecho sexual, silencioso y lleno de tensión, súbito estallido de violencia en que ella y él son devorados por una potencia aún mayor. Ella vive dos vidas. Se viste a la inglesa y responde al nombre de Josie Bliss cuando quiere frecuentar la compañía de la gente de la ciudad. Regresa a su sarong, a su identidad profunda, a su verdadero nombre y a su felinidad amorosa cuando vuelve a su casa y se entrega a los ritos del salvaje amor que allí le espera.

El poeta tiene hoy en Josie Bliss el amor y la compañía que mañana añorará. Es una devoción especial, enfermiza, la que esta joven mujer... *mi niña, mi partidaria, mi amorosa...* le tributa. Por eso, cuando la separación se haga inevitable, él le dirá en el *Tango del viudo*, con el corazón lleno de dolor:

*Así como me aflige pensar en el claro día de tus piernas
recostadas como detenidas y duras aguas solares,
y la golondrina que durmiendo y volando vive en tus ojos,
y el perro de furia que asilas en el corazón,
así también veo las muertes que están entre nosotros desde ahora,
y respiro en el aire la ceniza y lo destruido,
el largo, solitario espacio que me rodea para siempre.*

El tiempo durante el cual Neruda y Josie viven juntos no es mucho. Cronológicamente son apenas uno pocos meses, que se extienden entre abril o mayo de 1928, y que concluyen de manera natural cuando el poeta inicie –a comienzos de noviembre de este mismo año– su viaje hacia Calcutta.

Cuando el poeta se marcha hacia Calcutta, lo hace con la aparente intención de regresar. Se trata de un viaje breve, de dos meses, al cabo de los cuales deberá retomar sus funciones consulares en Rangoon y, por cierto, regresar a los brazos de Josie.

Pero las cosas ocurrirán de una manera diferente.

El tiempo, que tantas cosas cambia, cambiará también las circunstancias en que se desarrolla la función consular de Neruda, porque es durante su breve estadía en Calcutta –asiento del Consulado General para la región– que el poeta recibe y acepta la propuesta de asumir funciones en Ceylán.

Tal vez sí, tal vez no, Neruda abrigaba ya por ese entonces la intención de poner fin a su relación con Josie, una relación que a todas luces se tornaba obsesiva y enfermiza.

Y es así como una nueva destinación consular en Colombo, Ceylán, abrirá paso a la ruptura con Josie. El poeta volverá a Rangoon sólo para recoger sus papeles consulares, sus sellos de caucho, sus mínimas herramientas de trabajo y escapará de allí como un hombre que ha cometido un delito.

Recordando a Josie Bliss

La historia de Josie Bliss tiene varios capítulos y un epílogo doloroso.

También tiene una prolongación en el tiempo y los recuerdos, una continuidad temática que traza una línea nostálgica y evocativa en la poesía de Neruda, y que se vuelca en numerosos poemas posteriores.

Descontando los seis poemas de *Residencia en la tierra* que la tienen por inspiradora (*Juntos nosotros*, *Diurno doliente*, *La noche del soldado*, *El joven monarca*, *Tango del viudo* y *Josie Bliss*), existen otros 3 poemas que Neruda escribirá más adelante en recuerdo del perdido amor birmano. Ellos son: *La desdichada* (*Extravagario*, 1958); *Amores: Josie Bliss (I)* y *Amores: Josie Bliss (II)*, (*Memorial de Isla Negra*, 1964);

Sin que se le pueda incluir estrictamente en este listado, existe otro poema que tiene –de manera tangencial– una clara evocación a la época de Josie Bliss y a la furia y la violencia subyacentes en esa relación. Se trata de un poema que presenta una curiosa transposición sentimental y temporal, un juego de espejismos en que el poeta se toma sus licencias para crear un inolvidable canto pasional.

En efecto, cuando los años pongan la suficiente distancia y un nuevo amor –también de intenso signo pasional– impulse al poeta a llevar al verso sus sentimientos, he aquí que aparece en la obra de Neruda un poema sorprendente. Se trata de un poema escrito en 1952 y dedicado a Matilde Urrutia. Sin embargo, en él encontramos de alguna manera reconstituido el escenario birmano, la atmósfera de peligro, seducción y violencia que se desprende de aquellos días vividos junto a Josie Bliss.

*Te acecho entre las hojas
anchas como lingotes
de mineral mojado.
El río blanco crece
bajo la niebla. Llegas.
Desnuda te sumerges.
Espero.
Entonces en un salto
de fuego, sangre, dientes,
de un zarpazo derribo
tu pecho, tus caderas.*

El poema se titula *Soy el tigre*, y se desliza entre los numerosos poemas del libro *Los versos del capitán*, como una memorable instantánea de amor y posesión, en cuyos versos se percibe la poderosa irradiación de unos recuerdos de indudable cuño oriental.

La amada es otra, claro está, pero la pasión y el escenario son los mismos.

*Bebo tu sangre, rompo
tus miembros uno a uno.
Y me quedo velando
por años en la selva
tus huesos, tu ceniza,
inmóvil, lejos
del odio y de la cólera,
desarmado en tu muerte,
cruzado por las lianas,
inmóvil en la lluvia,
centinela implacable
de mi amor asesino...*

Los otros poemas dedicados a Josie Bliss a que nos hemos referido son más directos, y en ellos Josie aparece como una figura doliente, extraviada sin remedio en las soledades de Birmania, desaparecida y muerta, negada y mal correspondida por su amante occidental.

En el libro *Extravagario*, el poeta evoca a Josie Bliss con una nostálgica dulzura en el poema denominado *La desdichada*.

*La dejé en la puerta esperando
y me fui para no volver.
No supo que no volvería.
Pasó un perro, pasó una monja,
pasó una semana y un año.
Las lluvias borraron mis pasos
y creció el pasto en la calle,
y uno tras otro como piedras,
como lentas piedras, los años
cayeron sobre su cabeza.*

En la memoria del poeta siempre estará presente aquel distante episodio de la distante juventud. Y después de tantas y tantas palabras, palabras propias y palabras ajenas, el poema concluye con una breve línea, con una solitaria imagen de interminable pena: "Y aquella mujer esperando..."

Muchas cosas ocurren entre 1928 y 1958. Ocurre la ausencia, ocurre la guerra, ocurren treinta años que van cayendo “como lentas piedras” sobre la cabeza de la gente. Pero no ocurre el olvido.

Más tarde, cuando en 1964 aparecen los cinco volúmenes de *Memorial de Isla Negra*, Josie vuelve a aparecer, esta vez con igual estatura que otras cuatro mujeres de gran relieve en la vida del poeta: las dos musas inspiradoras de los *Veinte poemas* ... Terusa y Rosaura, es decir, Albertina Rosa Azócar y Teresa Vásquez; a las que se une Delia del Carril. Junto a ellas –y como ellas– Josie Bliss merece dos poemas titulados simplemente *Josie Bliss I* y *Josie Bliss II*, y de los cuales no se puede dejar de recordar aquí algunos versos.

En el primero de esos poemas, Neruda la imagina ya muerta de su muerte extranjera, es decir, sin que él tenga manera de saber cómo y cuándo y dónde ha ocurrido esta fatalidad que ahora sí los separa de manera total y definitiva. Dice el poeta:

*Ahora tal vez
reposa y no reposa
en el gran cementerio de Rangoon.
O tal vez a la orilla
del Irrawhady quemaron su cuerpo
toda una tarde, mientras
el río murmuraba
lo que llorando yo le hubiera dicho.*

Luego, en el extenso poema *Josie Bliss II*, el tono tiene también algo de duelo, algo de culpa, algo de tributo no al amor que aún se conserva intacto en la memoria, sino al amor extinguido por mano propia, culpa irremisible de la cual el poeta no quiere ni puede eximirse.

*Tus ojos aguerridos,
tus pies desnudos
dibujaban un rayo,
tu rencor de puñal, tu beso duro,
como los frutos del desfiladero,
ayer, ayer
viviendo
en el ruido del fuego,
furiosa mía,
paloma de la hoguera,
hoy aún sin mi ausencia, sin sepulcro,
tal vez, abandonada de la muerte,*

*abandonada de mi amor,
allí donde el viento Monzón y sus tambores
redoblan sordamente y ya no pueden
buscarme tus caderas extinguidas.*

Pero ahora, volviendo a la Birmania de fines de este año de 1928, este es el tiempo en que Josie Bliss está por incorporarse por derecho propio a uno de los grandes poemas de *Residencia en la tierra* –el siempre antologado *Tango del viudo*– un poema que a pesar de no mencionarla por su nombre la deja retratada para siempre, con su pasión y con sus celos en este universo “residenciario”.

Pero de esto, ya hablaremos más adelante.

¿Es aquí donde comienza *Residencia en la tierra*?

En un sentido literal –no literario– la residencia en la tierra de Neruda comienza en Chile, exactamente un 12 de julio de 1904, fecha de su nacimiento en la pequeña localidad agrícola de Parral, situada al sur de Santiago.

Sin embargo, el primer espacio geográfico que el niño se siente habitando –el territorio que primero reconoce como suyo, cuando sus sentidos y su entendimiento empiezan a descifrar lo que le rodea– es el que le proporciona el esplendor lluvioso y forestal del paisaje de Temuco, como queda estampado en estos versos del *Canto General*:

*Lo primero que vi fueron árboles, barrancas
decoradas con flores de salvaje hermosura,
húmedo territorio, bosques que se incendiaban
y el invierno detrás del mundo, desbordado.*

*Mi infancia son zapatos mojados, troncos rotos
caídos en la selva, devorados por lianas
y escarabajos, dulces días sobre la avena,
y la barba dorada de mi padre saliendo
hacia la majestad de los ferrocarriles⁶².*

Las residencias del poeta tienen ahora y siempre tendrán esa doble acepción vital, que alude tanto a la morada inmediata –al lugar en que vive y duerme– como al espacio geográfico siempre determinante y siempre sugerente en que aquella se inserta. Originalmente, se trata de un círculo menor que se alberga en otro de mayores dimensiones. Pero luego, con la intención poética expresada en el título de *Residencia en la tierra*, el concepto de residir se hace aún más amplio y global, trasciende el cosmos, y el poeta que da su testimonio lo hace no ya como un hombre pueblerino o como el circunstancial habitante de Birmania o de Ceylán,

⁶² Pablo Neruda, *Canto General*, Prólogo y cronología de Fernando Alegría, Bib. Ayacucho, Caracas, 1976, p. 345.

sino como un habitante del planeta de cara al universo, que necesitó de todos estos viajes para afirmar su voz y expresar su solitario pensamiento.

La niñez e infancia del poeta en Temuco constituyen, pues, su primera residencia; el comienzo de una serie muy grande de residencias a través del ancho mundo. Residencias precarias y fugaces muchas de ellas, especialmente durante su juventud. Residencias que adquieren en su época de estudiante universitario en Santiago la forma de simples cuartuchos mal amoblados, en pobres casas de pensión e incluso en conventillos. Malos lugares, de los que hay que estar en constante huida.

Y luego, aquí en Rangoon –en estos días iniciales en que aún no quiere o no puede poner casa– sobreviene para él la inevitable fatalidad de otro tipo de pensiones. Otros dueños o dueñas de casa y algunos extraños nombres en las calles, pero igual: pensiones.

Resulta inevitable recordar aquí una particularidad que rodea la existencia del poeta desde sus primeros años de vida: la sensación de desarraigo, de inestabilidad, el hecho de estar hoy aquí y mañana allí, no por la propia voluntad, sino por circunstancias o presiones externas.

Ya sabemos que con dos años de edad se desplaza con su padre desde Parral hasta Temuco. Antes, a raíz de la muerte de su madre, ha sido transferido provisoriamente de la casa paterna a la casa de su abuelo. Y luego, en Temuco, algo aún más marcante, los sucesivos cambios de residencia que aportaban olor a madera recién cortada y renovados asombros infantiles. Aún más, y como si lo anterior no fuera suficiente, el incendio. ¿Cómo olvidar el incendio –al gran incendio que consume en 1908 un tercio de la ciudad– y que deja a toda su familia en la calle? “Me veo a mí mismo –dice el poeta– a los cuatro años sentado en la calle sobre una frazada, mirando cómo se nos quemaba la casa...” Todo esto, con el telón de fondo de una ciudad a medio hacer, a medio crecer, en una región que por muy justas razones se denominaba entonces “La Frontera”, último punto en el inestable Sur de Chile de comienzos de siglo, en donde era posible intentar echar raíces y criar una familia con una razonable seguridad. Hasta aquí llegaban los pioneros. Más al sur era todo riesgo, todo aventura.

Más tarde, cuando el joven poeta viaja a la Capital, la inestabilidad toma otro cariz, incluso más amargo. Ocurre ahora que a lo incierto de su vida se suma la nostalgia de la separación de su familia, la indefensión que siente frente a su nueva condición de provinciano pobre. Durante la época de los estudios universitarios en Santiago, comienza la ronda de las sucesivas pensiones en diversos barrios, peores o mejores según las circunstancias, viviendo a solas en una pequeña pieza o compartiendo un cuarto mayor con algún amigo. Pasando por la miseria mayor de caer a veces en un conventillo y no sabiendo nunca... nunca... con qué podrá contar el mes siguiente.

Residiendo en lo precario, balanceándose siempre en lo impreciso. Este parece ser su signo.

Aprendiendo a sobrevivir como un monje o como un iluminado en medio del desierto. Pero en su caso no es la fe –al menos no una particular fe religiosa– lo que le alimenta y sostiene en estos trances, es su certeza incommovible en el supremo valor de la poesía como tarea por realizar.

Ahora que se ha visto trasplantado de Santiago a Rangoon, poco es lo que realmente ha cambiado. Los dos problemas esenciales están siempre ahí: altas exigencias poéticas por cumplir y un áspero entorno material, difícil de sobrellevar.

Indagando en la oculta o caprichosa significación de la palabra *residencia*, algún crítico argentino creyó ver una clara y directa alusión del poeta a la denominación que se aplica en Chile a ciertas casas de hospedaje que sin ser modestas como pensiones, tampoco están constituidas formalmente como hoteles. Así, las *Residenciales* chilenas, lugares de paso obligado en ciertas circunstancias en que no se puede arrendar o poseer la casa propia, vendrían a simbolizar lo precario y pasajero, lo que substituye, dolorosamente por cierto, la apetencia de un hogar. De ahí, entonces, llegaría a la percepción de Neruda la sensación de que su vida de expatriado se desarrolla en una especie de inconfortable y hostil residencial, tan ancha y extraña como la tierra toda.

Pues bien, en estricto sentido, no es en Oriente, no es en la India en donde comienza *Residencia en la tierra*, en su doble connotación de obra poética y etapa existencial. El testimonio *residencial* que Neruda vierte en esta colección de poemas empieza en Chile, en el año 1925.

Ocurre que la incuestionable ligazón con el Oriente que presenta gran parte de los poemas contenidos en *Residencia en la tierra I* ha gravitado de manera tal vez excesiva en la identificación de este libro con las tierras de Birmania, Calcutta, Ceylán y Java. Más aún, ha conferido al estilo “residenciario” una génesis oriental, aunque –como ya hemos visto– nueve de los poemas de *Primera Residencia* ya existían cuando el poeta inicia su viaje hacia Rangoon. Poemas éstos estrictamente fundacionales –no estará de más reiterarlo– que ya utilizan el denso lenguaje metafórico y descoyuntado que hemos dado en llamar “residenciario”.

Pero aún así, no sería justo desconocer lo que el brutal cambio de escenario, el desarraigo primero, y luego la exuberante, compleja y multiforme realidad aportan al naciente decir o balbucear del poeta. Es exactamente aquí en Oriente en donde madura y surge de la más indefendible soledad la expresión poética que hará de *Residencia en la tierra* la obra maestra que ella es.

Pero como suele ocurrir con los grandes escritores, lo extraliterario, lo anecdótico, lo que hiere la imaginación de los lectores y añade recordación adicional a los méritos de una determinada obra, actuó aquí desde el comienzo como una caja de resonancia, como una exótica etiqueta en la valija del poeta, que sirvió para aguzar de manera particular el interés y curiosidad de sus lectores.

Sumados entonces en este libro excepcional, por una parte los espléndidos hallazgos expresivos de Neruda y por otra el ineludible trasfondo biográfico y

anecdótico Oriental que le sirve de referente, el resultado es una poderosa mezcla generadora de atención tanto para el público como para críticos y estudiosos de la obra de Neruda, que han consagrado a esta obra más atención y más páginas que a cualesquiera de las otras grandes obras del poeta.

Y no es del caso especular acerca de lo que podría haber sido *Residencia en la tierra* sin el trasfondo del Oriente, sin el peso de la soledad, de la incomunicación, del desamor... porque de una manera análoga se podría preguntar cuál hubiera sido el contenido de *Residencia en la tierra II*, sin el trasfondo de Buenos Aires y Madrid.

El poeta-cronista llevará siempre, dondequiera que vaya, un mismo paisaje interior –su elán poético en constante mutación– y los paisajes externos serán apenas el contrapeso referencial de que se sirve su poesía, para ir dejando amarrados a algunos lugares, a algunos escenarios, la marca visible de su paso por la tierra.

Separando caminos

En uno de estos días, Álvaro Hinojosa ha decidido que nada más tiene que hacer en Rangoon, que ha cumplido con su amigo al acompañarle en todas estas largas, largas travesías; y se pone en camino hacia Calcutta, convencido como está de que allí le esperan grandes oportunidades de hacer fortuna.

La separación de los dos amigos no es cosa fácil, como tampoco ha sido fácil, en ocasiones, su convivencia.

Entre ambos se da una gran relación de amistad y de mutua admiración que ha funcionado muy bien en Chile, cuando los contactos han sido más esporádicos y más libremente buscados. Pero ahora, desde que juntos han salido a recorrer el mundo, han debido vivir en obligada y permanente compañía lo cual es algo que si bien resulta natural y necesario, es también, a la larga, motivo de conflictos, de divergencia de intereses y de choques de personalidad que el paso del tiempo va agudizando.

Porque, en verdad, nada hay más diferente que el temperamento de este par de amigos.

El callado, reflexivo, observador y hasta tímido individuo que es el poeta, admira la desenvoltura soberana con que se mueve Álvaro en todo ambiente y en toda circunstancia, y aprecia el ingenio y la vena picaresca que éste posee y que le hace inmediatamente popular a donde llega.

Álvaro, por su parte, que conoce desde sus comienzos la poesía de Neruda y admira su temprano éxito, se siente a sus anchas en la compañía del poeta, que es un entusiasta celebrador de sus disparates y un oportuno seguidor (secuaz) de sus ocurrencias.

Pero ocurre que durante estos viajes ambos son cazadores, ambos andan al acecho de presas femeninas y son, por consiguiente, rivales.

Y en estos territorios, nótese bien, la figura más atractiva para las mujeres nativas, la presencia más "exótica" es la de Hinojosa, con sus ojos azules y su desplante personal, en tanto que el poeta puede pasar casi desapercibido, con ese tinte de piel mate que el rigor de estos climas ha acentuado y esos grandes ojos de absorto mirar. En realidad –y una fotografía de este tiempo lo confirma– el poeta hasta puede ser confundido con un hindú, un silencioso y corpulento hindú entre

muchos otros, más aún cuando por diversión o conveniencia usa el traje local, algo que el propio Neruda menciona en sus memorias: "Por ahí andan retratos míos en traje bengalí (como me quedaba sin hablar creyeron en la cigarrería, en Calcutta, que yo era de la familia de Tagore)".

Reducir, sin embargo, los motivos de fricción con Álvaro a este solo aspecto sería un tanto excesivo, ya que otros y más complejos problemas de convivencia, de dinero –ay, caramba, de dinero– de hábitos, de expectativas, irían tornando progresivamente más conflictiva la mutua compañía.

Porque de repente el poeta se fatiga de esta constante ebullición parlante y movediza que Álvaro representa. Y así lo confiesa alguna vez en sus memorias: "Llegó a hacerme la vida imposible. Yo donde llego asumo un sueño vegetal, me fijo un sitio y trato de echar alguna raíz para pensar, para existir...". No es el caso de Álvaro, ciertamente, que sin cesar se mueve "de una electricidad a otra" dejando todo a medio conectar, a medio desconectar.

Al separar caminos, las conexiones que Álvaro desea establecer con Calcutta son naturalmente de tipo económico. El muy activo puerto de Calcutta no puede dejar de ofrecerle –según cree– vías más o menos expeditas para hacer fortuna, algo bastante necesario porque, al fin de cuentas, es Neruda y no él quien tiene aquí un puesto que desempeñar y una misión que cumplir. Un pobre puesto y una pobre misión –de acuerdo– pero un simulacro de estabilidad al menos, al lado de la cual su propia condición errante y aventurera, a la cual se suele dar el nombre de "soldado de fortuna", llega a parecer risible porque él nada tiene de soldado y nada de fortuna.

Sin embargo, cuando se despiden lo hacen como buenos amigos, como viejos compañeros de muchas y muy extravagantes peripecias.

Saben que no podrán dejar de extrañarse mutuamente, porque entre ambos han llegado a formar hasta ahora una especie de patria diminuta, una patria itinerante que va con ellos donde quiera que sus pasos les conduzcan.

Algo les dice que se volverán a encontrar.

Donde el Infierno limita con el Paraíso

Para configurar el escenario en que le toca vivir a Neruda en estos días, resulta bastante tentador utilizar la noción –impregnada de clásicas reminiscencias– de que el poeta ha descendido a los infiernos; lugar en donde será martirizado por las más terribles realidades y por las más atroces pesadillas, a veces prácticamente indistinguibles entre sí.

Haciendo su camino en medio de este particular infierno, llevado al límite de sus capacidades intelectuales y empujado al borde de la agonía creadora, el joven poeta hallará, pese a todo, la poesía que busca, y será salvado del aniquilamiento por la sola fuerza de su voluntad y por la ayuda de las celestes musas, que ciertamente no le dejarán desfallecer en medio de este tránsito aterrador y sobrehumano que le estaba reservado. (Sí, se presta a un tono operático el resumen de este drama).

Pues bien... en parte sí y en parte no.

Rangoon primero... Colombo a continuación... y más tarde Java, ofrecen al poeta una dimensión que podría ser considerada infernal, pero que tiene también una dimensión paradisiaca; y en diversas instancias y circunstancias el paso de una a otra región se hace sin transición, como parte natural (o brutal) de un proceso que no llega a ser del todo aprehendido por el viajero.

Examinemos las referencias que el poeta nos va proporcionando del infierno en que se encuentra. Son citas que provienen casi exclusivamente de cartas dirigidas a su hermana Laura Reyes y al escritor argentino Héctor Eandi, en las cuales aparece con mucha frescura e inmediatez el reflejo de lo que realmente piensa y siente y sufre. Son cartas que escribe para desahogarse... para confidenciar penas, proyectos y esperanzas; a diferencia de lo que ocurre con otras de sus páginas sobre el Oriente (crónicas de viaje escritas en la época y variadas evocaciones posteriores), que pese a su aspecto testimonial aparecen inevitablemente pasadas por un fino tamiz literario.

La primera de estas citas está contenida en carta a su hermana Laura de fecha 22 de febrero de 1928, y la serie continúa con otras referencias complementarias que se van escalonando a través de los años:

“Yo estoy bastante aburrido en Rangoon, y pienso irme de allí en corto tiempo. No te puedo describir el calor que hace, es como vivir en un horno día y

noche. Toda la gente termina por enfermarse de malaria, pero por suerte las fiebres que he tenido hasta ahora se fueron pronto. [...] La vida en Rangoon es un destierro terrible. Yo no nací para pasarme la vida en tal infierno”.

(Carta a Laura, febrero 1928)

“Aquí no se sale a la calle sino después de las cinco de la tarde, antes el sol quema como fuego. A esa hora ya se puede respirar”.

(Carta a Laura, 1928)

“Yo sufro, me angustio con hallazgos terribles, me quema el clima, maldigo a mi madre y a mi abuela, converso días enteros con mi cacatúa, pago por mensualidades un elefante. Los días me caen en la cabeza como palos, no escribo, no leo, vestido de blanco y con casco de corcho, auténtico fantasma, mis deseos están influenciados por la tempestad y las limonadas”.

(Carta a González Vera, 1928)

“Me han trasladado a Colombo, en la isla de Ceylán, al sur de la India. Llevo el mismo sueldo que en Rangoon, y el clima es allí tan malo o peor que aquí, pero ya se me estaba haciendo insoportable y cansado vivir en la misma parte por tanto tiempo...”.

(Carta a Laura, 1928)

“Por qué no viene por estas tierras, Eandi? Habrá un rincón en el bungalow para usted y el arroz no escasea. [...] A ver si un día se le abraza en persona y come y duerme en estos paraísos, y escribe en estos infiernos”.

(Carta a Eandi, enero 1929)

“Estoy solo; cada diez minutos viene mi sirviente Ratnaigh a llenar mi vaso. Me siento intranquilo, desterrado, moribundo. [...] Eandi, nadie hay más solo que yo. Recojo perros de la calle, para acompañarme, pero luego se van, los malignos”.

(Carta a Eandi, 1929)

“Llueve aquí activamente. Ha llegado el Monzón Noroeste, la época más triste del trópico. Truenos y rayos y agua sin parar, y calor y una mala humedad que penetra hasta los huesos”.

(Carta a Eandi, 1929)

“Esta es la estación de los grandes calores, verdaderamente abominable, todo el día y la noche se vive mojado de sudor. Se llena uno de sarpullidos y hay que bañarse por lo menos tres veces al día. Se pone uno irritable, enfermizo”.

(Carta a Eandi, 1930)

Ahora bien, nada hay en estas expresiones que pudiera resultar especialmente sorprendente para los europeos y para los otros extranjeros de raza blanca que habitan estos parajes. Estas tierras son así. Y todos los que aquí han desembarcado tienen poderosas razones para aceptar y tolerar estas circunstancias tanto tiempo como sea posible.

Ocurre que hay mucho dinero en estas islas y territorios coloniales. Hay inmensas posibilidades de traficar mercaderías, influencias, convenios, armas,

esclavos... ilimitadas posibilidades de practicar en gran escala negocios legítimos o de emprender jugosos e ilegítimos negociados. Pero por sobre todo, es preciso estar aquí en persona para administrar y cuidar estas colonias, de las cuales mana un río continuo de riqueza hacia el continente europeo.

Pero para el poeta que ha llegado de Chile todo esto no existe. Todo este inmenso aparato administrativo y colonial es un trasfondo vagamente comprendido, digno de ser estudiado, pero absolutamente extraño a su ser y a su quehacer. Le toca ver en acción a muchos mercaderes, banqueros, agentes de navegación, exportadores y pequeños negociantes; y también a oportunistas, traficantes de antigüedades o tesoros arqueológicos, amables sinvergüenzas, falsos profetas, pequeños e ingeniosos estafadores. El poeta ve, registra y pasa. Su mundo es otro.

Y su mundo –hay que reconocerlo– es pobre, desolado, desvalido, extrañamente poblado de imágenes que se desintegran y de feos sueños que suplantán de continuo una no menos fea realidad.

Lo que tiene de grave el aplastante clima externo de estos territorios es que viene, en verdad, a yuxtaponerse sobre el clima interno del poeta, sobre su afiebrada e incansable búsqueda de esa huidiza expresión poética que –él lo sabe– sólo le será posible reconocer cuando la haya conquistado.

En consecuencia, lo que le ocurre con el joven poeta es relativamente fácil de reseñar. Se trata del asedio del medio ambiente que le rodea, a través de diversos y simultáneos canales de hostigamiento: hostilidad o indiferencia humana... precariedad de recursos materiales... orfandad de amigos y parientes... privación del idioma materno... castigo implacable del clima... todo esto cayendo "sobre el agua de su alma" –sobre su exasperada razón poética– haciendo hervir una sensibilidad que llegará a buscar en el alcohol, e incluso en el opio, un alivio a tan desmesurado e implacable acoso.

Sin embargo, aparte de la específica mención de la palabra "infierno" en algunas de sus cartas, Neruda no hará mayores elaboraciones sobre la alegoría, tal vez muy obvia, de que se encuentra, en verdad, residiendo en el infierno.

Porque la verdad es que allí mismo, al alcance de su mano, se encuentra también algo muy parecido al paraíso. Un paraíso que le sería posible describir poniendo un mayor o menor grado de subjetividad en las palabras, pero un paraíso –en fin– que podría llegar a ser una realidad vivible y disfrutable a condición, eso sí, de que:

a) pudiese soslayar por unos momentos las preocupaciones materiales que le rondan y

b) de que lograra expulsar de su cabeza los densos agobios mentales que están siempre golpeando... siempre golpeando sobre su sensibilidad exacerbada.

En la práctica, dos cosas poco menos que imposible de conseguir.

Cuando el poeta emerge de sus combates subterráneos, del sueño, del alcohol; descubre a veces que el mundo ha sido recién creado y llega a sentirse feliz

y bienvenido, con un ancho y dilatado sentido de pertenencia, con una dulce sensación de ver prolongado su existir en medio de todo cuanto existe.

Las referencias de sus cartas llegan a ser entonces amables, sencillas y hasta risueñas:

“Aquí el Monzón ha hecho los días más frescos y soportables, siento cierta felicidad en mi epidermis, hace un nuevo bello día”.

(Carta a Eandi, 1929)

“Tendido en la arena, solo, en las mañanas grito de alegría EANDIIIIIII, y todo lo que se me ocurre, los pescadores me miran asombrados, y les ayudo a tirar las redes. [...] Contento, indudablemente. En la tarde también sentado con mis pocos libros y mi whisky con soda me siento feliz”.

(Carta a Eandi, 1930)

Pero la voluntad –la voluntad poética– nunca dejó en paz a Neruda. Al menos nunca por mucho tiempo. Y así, estos devaneos, estos whiskys con soda, estos paseos adánicos por la playa no son sino fugaces contrapuntos; saludables y necesarios desahogos en medio de una existencia continuamente torturada. Es durante estas raras treguas que el poeta descubre y disfruta la pequeña parcela de paraíso que coexiste en medio de su particular infierno oriental.

Y resulta muy curioso y muy significativo un párrafo de una de sus cartas a Eandi, de octubre de 1929, en la que hablando de un tema aparentemente banal –su interés y gusto por el cine– deja deslizarse esta expresiva reflexión:

“Con el problema que se ha puesto uno por delante, se lo pasa uno tan ocupado toda la vida, que la pereza se hace instinto de conservación y defensa”.

En esta misma carta, Neruda usa un lenguaje que pone de relieve –o nos deja más bien adivinar– ese contexto paradisiaco en que se mueve, que le lleva a declarar que siente “atracción por esta naturaleza exótica...” y más aún... que agrega una rara y excepcional confidencia: a veces soy feliz aquí.. Pero su declaración no deja de ser paradójica: es cierto que describe a grandes pinceladas un lugar que bien podría ser el paraíso... pero, ay, lo demoníaco está también presente:

“A veces soy feliz aquí, pero qué demoníaca soledad, como una sala húmeda a mi alrededor, me envenena en verdad, porque las pequeñas heridas pasajeras se hacen desmesuradas; no hay cómo atajarlas y hemorragian hasta el alma. Pero qué hermoso día fresco, después de una terrible tempestad de anoche, en que mi casa se llenó de agua y dos cocoteros cayeron quemados del rayo, en el jardín. Hoy es verde y transparente; el mar está espeso y detenido, azul”.

(Carta a Eandi, 1929)

La feroz dicotomía no puede estar mejor reflejada. De una parte lo exterior, la naturaleza circundante, que puede llegar a ser hermosa y placentera. En lo interior, las angustias combinadas del ser y el poetizar en soledad, que bastan a menudo para eclipsar todo lo demás.

En su *Oda a Jean Arthur Rimbaud* Neruda dice:

*A ti te enloquecieron,
Rimbaud, te condenaron
y te precipitaron
al infierno.
Desertaste la causa
del germen, descubridor
del fuego, sepultaste
la llama,
y en la desierta soledad
cumpliste
tu condena⁶³.*

Hermano de padecimientos, Neruda pudo entender al gran desarraigado. Pudo dimensionar la magnitud de su autocondena, que en algo o en mucho se parece a la suya propia.

Sobre este paisaje de fondo, sobre estas soledades sin nombre el poeta avanza si mirar hacia atrás, acicateado por ciertas urgentes misiones que de repente –angustiado y sin memoria– ni él mismo está seguro de haber recibido alguna vez.

⁶³ Pablo Neruda, *Oda a Jean Arthur Rimbaud*, (Nuevas Odas Elementales).

He completado casi un libro de versos...

En lo que respecta al trabajo literario que Neruda desarrolla en estos días, he aquí que en agosto de 1928 aparece un hito referencial de importancia, que describe no sólo la naturaleza de los poemas en que Neruda trabaja, sino que asigna ya al libro en preparación un título que será el definitivo.

En efecto, la primera vez que aparece el nombre de *Residencia en la tierra*, como título del libro en preparación, es en una carta fechada el 6 de agosto de 1928, y remitida por Neruda a su amigo José Santos González Vera, documento citado por Emir Rodríguez Monegal en su libro "El viajero Inmóvil". Esta carta es un antecedente de inapreciable valor testimonial, que evidencia la desesperada y consciente lucha del poeta por alcanzar los resultados estéticos y expresivos que quiere ver reflejados en su nueva obra poética.

Dice el poeta a su amigo González Vera:

"Ya le he contado, grandes inactividades, pero exteriores únicamente; en mi profundo no dejo de solucionarme, ya que mi cuestión literaria es un problema de ansiedades, de ambiciones expresivas bastante sobrehumanas. Ahora bien, mis escasos trabajos últimos, desde hace un año, han alcanzado gran perfección (o imperfección), pero dentro de lo ambicionado. Es decir, he pasado un límite literario que nunca creí capaz de sobrepasar, y en verdad mis resultados me sorprenden y me consuelan. Mi nuevo libro se llamará *Residencia en la tierra* y serán cuarenta poemas en verso que deseo publicar en España. Todo tiene igual movimiento, igual presión y está desarrollado en la misma región de mi cabeza, como una misma clase de insistentes olas. Ya verá usted en qué equidistancia de lo abstracto y lo viviente consigo mantenerme, y qué lenguaje tan agudamente adecuado utilizo"⁶⁴.

Con otras palabras, pero básicamente con los mismo propósitos explicatorios acerca del trabajo que tiene entre manos, escribe poco después, en septiembre de 1928, a su amigo Eandi:

"He completado casi un libro de versos: *Residencia en la tierra* y ya verá usted cómo consigo aislar mi expresión, haciéndola vacilar constantemente entre

⁶⁴ Citado por E. Rodríguez Monegal en "El viajero inmóvil", Losada, Bs. Aires, 1966, p. 63.

peligros, y con qué sustancia sólida y uniforme hago aparecer insistentemente una misma fuerza"⁶⁵.

Un poco antes en esta misma carta, ha tratado de configurar el escenario en que se mueve, o mejor dicho, la atmósfera que lo circunda, a través de unas interrogantes que plantea a Eandi, y que son bastante decidoras sobre su estado de ánimo:

"Pero, verdaderamente, ¿no se halla usted rodeado de destrucciones, de muertes, de cosas aniquiladas? En su trabajo, ¿no se siente obstruido por dificultades e imposibilidades? Verdad que sí? Bueno, yo he decidido formar mi fuerza en este peligro, sacar provecho de esta lucha, utilizar estas debilidades. Sí, ese momento depresivo, funesto para muchos, es una noble materia para mí"⁶⁶.

Aparecen en los tres párrafos citados anteriormente expresiones que hubieran deleitado a Amado Alonso, por la manera en que validan interpretaciones y juicios del crítico español contenidos en su libro de 1940 sobre Neruda, una obra escrita y publicada en una época en que nada se sabía de la existencia de estas cartas.

Como una pequeña muestra, como un fragmento mínimo del libro de Alonso, convendrá citar a este respecto el comienzo del capítulo que éste denomina "El deshielo del mundo".

"Ahora bien, lo que sobrecoge en esta poesía es la certidumbre de que su atroz sentimiento no es una postura adoptada como buena para la construcción de hermosas poesías, sino que es íntegramente valedero, porque responde a una peculiarísima visión, nítida y desolada, del mundo y la vida. Los ojos del poeta, incesantemente abiertos, como si carecieran del descanso de los párpados ("Como unos párpados atrozmente levantados a la fuerza"), ven la lenta descomposición de todo lo existente [...] Ven en una luz fría de relámpago paralizado el incesante trabajo de zapa de la muerte, el suicida esfuerzo de todas las cosas por perder su identidad, el derrumbe de lo erguido, el desvencijamiento de las formas, la ceniza del fuego. La angustia de ver a lo vivo muriéndose incesantemente: los hombres y sus afanes, las estrellas, las plantas en su movimiento orgánico, las nubes en su volteo, el amor, las máquinas, el desgaste de los inmuebles, y la corrosión de lo químico, el desmigamiento de lo físico, todo, todo lo que se mueve como expresión de vida, es ya un estar muriendo"⁶⁷.

Para dar a Eandi una muestra del nuevo trabajo realizado aquí en Rangoon, Neruda le envía junto a la carta que hemos citado los poemas titulados *Juntos nosotros*, *La noche del soldado* y *Sonata y destrucciones*, diciéndole: "Quiere Ud. leer estas cosas que le acompañe? Resígnese y sea una vez más mi auditorio ideal, y

⁶⁵ Neruda/Eandi, *Correspondencia durante Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 34.

⁶⁶ *Ibid.*, ob. cit., p. 34.

⁶⁷ Amado Alonso, "Poesía y estilo de Pablo Neruda", Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1968, p. 19.

dígame sus reparos o el grado de su estimación. Eandi, si usted quiere publique algunas de estas historias por ahí, donde mejor le parezca”⁶⁸.

De los tres poemas mencionados, *La noche del soldado* es tal vez uno de los más representativos de esta época en la poesía de Neruda. Es un poema que refleja el sombrío aunque tranquilo observar de alguien que —a la manera de un vigía obsesivo que de nadie sino de sí mismo ha recibido el mandato de vigilar la destrucción de lo que le rodea— no quiere ni sabe descansar.

“Por cada día que cae, con su obligación vespéral de sucumbir, paseo, haciendo una guardia innecesaria, y paso entre mercaderes mahometanos, entre gentes que adoran la vaca y la cobra, paso yo, inadorable y común de rostro. Los meses no son inalterables, y a veces llueve: cae del calor del cielo una impregnación callada como el sudor, y sobre los grandes vegetales, sobre el lomo de las bestias feroces, a lo largo de cierto silencio, estas plumas húmedas se entretejen y alargan. Aguas de la noche, lágrimas del viento Monzón, saliva salada caída como la espuma del caballo, y lenta de aumento, pobre de salpicadura, atónita de vuelo”⁶⁹.

Al finalizar la estadía de Neruda en Rangoon, son aproximadamente una decena los poemas que se suman a los que ya traía desde Chile, y todos ellos están aún lejos de la cantidad de cuarenta que Neruda ha mencionado en su carta a González Vera, como constitutivos del libro en preparación.

De ahí la expresión: “he completado casi...” que aparece en su carta, y de ahí también la obsesiva preocupación por ir trabajando sus metales y sus corrosivas aguas para dar forma a poemas que no pueden, que no deben tener complacencias antiguas ni fáciles pintorequismos orientales.

Lo que ahora escribe tiene —necesita tener— palabras que digan lo que realmente siente. Así escribe en el poema *La noche del soldado*:

“Ay, de cada noche que sucede, hay algo de brasa abandonada que se gasta sola, y cae envuelta en ruinas, en medio de cosas funerales. Yo asisto comúnmente a esos términos, cubierto de armas inútiles, lleno de objeciones destruidas. Guardo la ropa y los huesos levemente impregnados de esa materia seminocturna: es un polvo temporal que se me va uniendo, y el dios de la substitución vela a veces a mi lado, respirando tenazmente, levantando la espada”⁷⁰.

Lo que aún le queda por decir en su poesía está rondando por aquí, no oculto a su mirada, sino impudicamente naciendo y desnaciendo ante sus ojos, para que él nada deje de notar, ni la graciosa turgencia de la hoja que avanza hacia lo alto ni la viscosa y deshecha flor que naufraga repartiendo en la húmeda tierra sus semillas.

⁶⁸ Neruda/Eandi, *Correspondencia durante Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 35.

⁶⁹ Pablo Neruda, *Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 45.

⁷⁰ *Ibid.*, ob. cit., p. 46.

El Diario de un residente

Cuando aparece en Chile, en 1933, la primera edición de *Residencia en la tierra*, ninguno de los críticos o comentaristas menciona –ni siquiera como un antecedente complementario– la relación que podría haber entre esta poesía desgarrada, caótica y de tan densa materia poética con las circunstancias vitales del poeta, comprendidas aquí no sólo la mera realidad geográfica o climática del Oriente, sino toda la carga de soledad, ajenidad y pobreza en que ha estado viviendo Neruda mientras se hallaba creando la mayor parte de estos poemas.

Los análisis apuntaron simple y directamente al mérito o desmérito de estos poemas, que fueron comparados, como es lógico, con la obra inmediatamente anterior de Neruda, para hacer resaltar la evolución en el lenguaje y la ampliación del registro temático. Nada más.

Sólo más tarde, cuando se allegaron antecedentes más amplios y precisos sobre la verdadera odisea que significó para el poeta su paso por Oriente, surgirá entre los estudiosos y especialistas una lectura más amplia de estos poemas, a cuya luz destaca en forma impresionante la trabazón angustiosa que se da entre el dificultoso decir y el no menos dificultoso vivir que le dieron forma.

Ahora bien, al margen de lo estrictamente literario, lo anecdótico aporta también elementos memorables a las circunstancias de este libro. Un sabor novelesco, una fuerte connotación dramática, aventurera y desdichada, una ambientación, en fin, que trae a la memoria el caso de otro poeta dilecto de Neruda, el francés Arthur Rimbaud y de su libro "Une saison en enfer". (Recordemos de paso que la célebre obra de Rimbaud es perfectamente traducible como "Una temporada en el infierno", pero también como una estadía... una permanencia [residencia] en el infierno).

En su excelente trabajo sobre vida y obra de Neruda, el uruguayo Emir Rodríguez Monegal aporta en 1966 una de las primeras referencias que vinculan la estadía de Neruda en Oriente con una temporada en el infierno. Resumiendo en pocas palabras el término del período consular de Neruda en Oriente, Rodríguez Monegal dice al comentar el regreso del poeta a Chile:

"Trae también, aunque invisibles aún, los poemas de *Residencia en la tierra*, el libro con el que ha de alterar para siempre la poesía de lengua española de este

tiempo. El Oriente ha sido su *saison en enfer*, y el libro que le acompaña viene marcado por el fuego⁷¹.

Sólo que en su caso –y al dar título a su libro– Neruda prefirió soslayar la obvia connotación infernal de su estadía en Oriente, optando por reafirmar su voluntad de *residir en la tierra*, dando por descontado que las condiciones que uno puede hallar aquí son (o pueden ser) tan infernalmente reales como las que podrían darse en el más dantesco de los infiernos.

Sea efectivo o no que Neruda tuviese en mente la analogía –muy aproximada, es cierto– de su propia condición de “condenado a los infiernos” en comparación con la “estadía infernal” del poeta francés, queda claro que la elección del título *Residencia en la tierra* para el libro por entonces en preparación sólo surge en Rangoon, cuando el poeta ya visualiza el sentido general del libro y trabaja el denso lenguaje unificador que amarra a este conjunto de poemas.

La carta de Neruda a González Vera anteriormente citada es muy explícita en este sentido. El concepto que el poeta tiene en ese momento del libro en gestación le permite afirmar en un tono definitivo que el volumen se llamará *Residencia en la tierra*.

Sin embargo no hay dudas de que la poesía y el recuerdo de Rimbaud navegaban muy cerca de Neruda en esos días, otorgando a sus tribulaciones una especie de enlace afectivo, una suerte de hermandad espiritual con las de su antecesor. En carta de 16 de enero de 1929, a bordo del barco que lo lleva hacia Ceylán, el poeta escribe a su amigo Eandi unas palabras con que intenta describir la opresiva y brutal fuerza de estas tierras que anulan la voluntad de los europeos y los hacen fácil presa del licor, el opio y las enfermedades tropicales:

“...tomemos el primer whisky and soda o chota pegg a su honor de buen amigo, Eandi. Beber con ferocidad, el calor, las fiebres. Enfermos y alcohólicos por todas partes. En la cabina de al lado, fiebre y Delirium T... Tres años de Assam. Hay que verle los ojos al pobre joven gringo, y quiere tirarse al mar cada cinco minutos. Les femmes soignent ces horribles malades de retour des pays chauds⁷².”

La cita que Neruda hace de un verso de Rimbaud perteneciente al libro “*Une saison en enfer*” no es caprichosa, y las circunstancias son propicias, ya que Neruda escribe desde el barco que lo lleva hacia Colombo –de un destierro a otro– con lo cual el sentido de lo que sugiere está muy claro. El recuerdo de Rimbaud, de todo este contexto de vida sufrida en terribles climas, apartado de su cultura y de sus semejantes se vierte y resume en esos versos de “*Une saison en enfer*”.

Englobados quedan aquí todos aquellos que, como Rimbaud antes, como aquel joven gringo y como el propio Neruda ahora, sufren por haber venido a parar por su propia decisión en el infierno.

⁷¹ E. Rodríguez Monegal, Ob. cit., p. 63.

⁷² Neruda/Eandi, *Correspondencia durante Residencia en la tierra*, ob. cit., p. 42.

Pero si hay algo que puede poner aún más de relieve la singular similitud que existe entre las experiencias de Rimbaud en África y de Neruda en la India, es la correspondencia que uno y otro envían a parientes y amigos.

De lo que Neruda cuenta en sus cartas ya tenemos bastantes antecedentes. Examinemos ahora algunos párrafos de la correspondencia de Rimbaud. En carta de agosto de 1880, el poeta francés dice:

"Adén es un roquerío espantoso, sin una pizca de verdor ni una gota de agua buena: bebemos agua de mar destilada. El calor es excesivo, sobre todo en junio y en septiembre, los meses más calurosos. La temperatura constante, noche y día, de una oficina fresca y bien ventilada es de 35 grados. Todo es carísimo y suma y sigue. No hay caso: aquí estoy como prisionero y, más que seguro, tendré que quedarme por lo menos unos tres meses más antes de poder pararme por mis propios medios o tener un empleo mejor"⁷³.

Y un año después, unas líneas escritas desde Harar en septiembre de 1881, que claramente indican que nada de bueno le ha ocurrido, excepto un cambio de localidad que en nada mejora su condición:

"Continúo empelotadísimo en esta región de África. El clima es húmedo y hosco; el trabajo que hago es absurdo y embrutecedor –las condiciones de existencia, generalmente absurdas también. He tenido encontrones desagradables con la dirección y el resto, y estoy más o menos decidido a cambiar próximamente de aires. Intentaré emprender algo por mi cuenta en este lugar; si eso no funciona (y lo sabré rápido), partiré pronto para, espero, una pega más inteligente bajo un cielo mejor".

Lo que se presta para cierta comprensible confusión es el hecho de que Rimbaud escribiera el libro que titula "Une saison en enfer" años antes de viajar al África. Podría decirse que de un modo muy visionario –propio de un vate– Rimbaud plasmó en ese libro un título que resultará válido para sintetizar lo que le tocaría vivir en África y Asia, toda esa soledad, opresión y desesperanza que lo hermana con Neruda. Sólo que las desdichas de Rimbaud acabarán con su terrible muerte, originada precisamente en ese infierno que él se empeñó en ir a buscar.

Numerosos son los análisis a que ha dado lugar el título de *Residencia en la tierra*, y es desde luego muy amplia y valiosa la bibliografía relacionada con el libro. Parece interesante subrayar aquí ese aspecto temporal, transitorio, que sugiere ese "residir en", en contraste, por ejemplo, con "vivir en", o bien "habitar en".

Lo afortunado y expresivo del título *Residencia en la tierra*, hará que el poeta lo mantenga como denominación común de toda una trilogía, que comprende *Residencia en la tierra I* –publicada en Chile en 1933– *Residencia en la tierra I y II* –en la edición española de 1935– y finalmente *Tercera Residencia*, en edición argentina de 1947.

⁷³ "Rimbaud a los suyos", Trad. de Andrés Asenjo, Revista Mapocho N° 34/2° Sem.1993.

Los especialistas y estudiosos de la obra de Neruda podrán discrepar –y todavía lo hacen– acerca del acierto o desacierto que significó poner bajo un mismo signo cíclico poemas tan diversos como *Sistema sombrío de Residencia en la tierra I*; y un poema de *Tercera residencia*, como *Canto a Stalingrado*.

Sin embargo la fuerza de la poesía que Neruda escribe en este largo período que va desde 1925 a 1945, es lo suficientemente poderosa como para identificar todo un gran ciclo de su producción poética. Dentro de este ciclo, se insertan poemas escritos en escenarios tan diversos como el Sur de Chile, Santiago, Rangoon, Calcutta, Colombo, Java, Buenos Aires, Barcelona, Madrid y Ciudad de México.

Al término del Ciclo de las *Residencias*, Neruda es ya un poeta de irradiación universal.

Viajando por Calcutta, con Álvaro Hinojosa

El segundo semestre de 1928 brinda otra vez al Cónsul Ricardo Reyes la oportunidad de escaparse por un tiempo de Rangoon, sin que esto en nada afecte el desempeño de sus funciones consulares, restringidas, como se sabe, a una mínima actividad de registro de embarque de las mercaderías que muy de tarde en tarde salen hacia Chile.

Esta vez el viaje toma la ruta hacia Calcutta, puerto de gran importancia en la India, a través de un recorrido que se inicia a comienzos de noviembre y que el poeta cataloga como un "paseo", en carta de fecha 12 de diciembre, dirigida a su hermana Laura:

"Te escribo desde Calcutta, la más grande ciudad de la India, donde ando paseando desde hace un mes. Aquí he vuelto a encontrar a Álvaro Hinojosa, mi viejo amigo y compadre, y eso contribuye a que lo pasemos muy bien. Pronto te mandaré algunos retratos míos vestido de bengalí, para que veas lo viejo que estoy"⁷⁴.

En Calcutta se encuentra radicado el Consulado General de Chile para toda esta región, del cual dependen los consulados de Rangoon, Colombo, Java y Singapur, y este viaje de Neruda es coincidente con un traslado que se le acaba de proponer, y de lo cual da cuenta en esta misma carta a su familia:

"Tengo que comunicarte que el Gobierno me ha trasladado a Colombo, en la isla de Ceylán, al sur de la India. Llevo el mismo sueldo que en Rangoon, y el clima es allí tan malo o peor que allí, pero ya se me estaba haciendo insoportable y cansado vivir en la misma parte por tanto tiempo, y he aceptado con alegría mi traslado"⁷⁵.

La carta contiene algunas líneas de carácter familiar, afectuosas preguntas que hacen mención a todos los miembros de la familia, y continúa con un párrafo que vuelve a tocar el tema de un posible cambio de horizontes:

"Yo creo que estaré largo tiempo en el extranjero, si puedo iré a Europa este año, y si allí no consigo nada me volveré a la India. No, conejita, no he publicado

⁷⁴ Pablo Neruda, *Cartas a Laura*, ob. cit., p. 40.

⁷⁵ *Ibid.*, ob. cit., p. 40.

nuevos libros, pero iré pronto a España a negociar dos que tengo listos. Aquí todas las cabras tratan de casarme. Resisto heroicamente. Son demasiado inteligentes, saben demasiado, lo que para mí es un inconveniente. En todo caso, si me sucede algo en el corazón, ya te lo contaré. Abraza a los queridos veteranos, a toda la gente, y no te olvides de tu hermano Elcanilla"⁷⁶.

El apodo de juventud con que el poeta firma su carta da pie para que Álvaro Hinojosa recuerde lo flaco y esmirriado que era Neruda de muchacho y agregue para Laura una breve nota al final de la carta: "Laurita, hacemos vida de pobres contentos con la buena gran Calcutta. A Pablo (a elcanilla) se le han alargado las piernas y los hombros, es un hombronazo. Escribe. Álvaro".

Las confidencias que el poeta ha hecho a su hermana reúnen en un sólo párrafo tres tópicos que son de la mayor importancia para el poeta en este momento:

- a) Viajar a un entorno más favorable.
- b) Publicar en España su obra reciente.
- c) Adoptar decisiones y soluciones para el problema de su soltería.

Tres dilemas, tres situaciones de conflicto para enfrentar las cuales en nada ayuda este traslado que acaba de aceptar. A no ser que pueda considerarse como una solución parcial éste, su inevitable alejamiento de la turbulenta Josie Bliss. ¿Cómo le dará la noticia de que se marcha a Colombo? ¿Y cómo reaccionará ella?

Pero no es tiempo aún de preocuparse de un problema tan complicado como éste. Mientras dure este viaje, es el viaje en sí mismo, la estadía en Calcutta y la compañía de Álvaro Hinojosa lo que acapara toda su atención. Ya es hora de entretenerse un poco.

El puerto de Calcutta parece ser la síntesis más colorida, abigarrada y tumultuosa que se pueda conformar para dar un retrato de la India. Y en este semillero humano, los dos amigos se sienten otra vez ejercitando el sagrado derecho a vagabundear, estimular el ingenio y aprovechar aquí y allá cada oportunidad que se presenta para tomar lo que necesitan. Según el decir de Álvaro Hinojosa, lo que hacen en Calcutta es llevar una "vida de pobres contentos", algo en lo que al parecer han llegado a adquirir una cierta maestría, conquistada a través de una larga y paciente práctica.

"Álvaro andaba de una electricidad a otra –recordará Neruda– fascinado con los films en que podríamos trabajar, vistiéndonos inmediatamente de musulmanes para ir a los estudios [...] Dum-Dum para ver si nos contrataban... y luego había que salir corriendo de la YMCA porque no habíamos pagado el alojamiento... Y las enfermeras que nos amaban..."⁷⁷.

⁷⁶ Ibid., ob. cit., p. 40.

⁷⁷ Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 108.

Esta última y críptica referencia –dicha al correr de la evocación y nunca más mencionada– nos lleva a imaginar un escenario (no del todo improbable), en que se producen ciertos lances galantes en la mejor tradición de la picaresca universal. No sólo una cama limpia, sino también una enfermera cariñosa es posible encontrar en los pequeños dispensarios que mantiene la YMCA y otras instituciones de beneficencia de origen inglés. Sólo que la mala salud de estos dos jóvenes extranjeros radica exclusivamente en el bolsillo y las carencias que sienten son más que nada del tipo afectivo. Remedio para ambos males es, entonces, enamorar a esas enfermeras nativas para ser dados de alta al día siguiente, más saludables y bien humorados que nunca.

Y dispuestos, naturalmente, a experimentar una recaída el día menos pensado.

Mirado en perspectiva, tal parece que los dos amigos no necesitaban entrar en los estudios cinematográficos hindués (ya por ese entonces unos de los más activos del mundo) y actuar frente a las cámaras para ingresar al mundo de los aventureros de ficción. Ambos estaban ya en la cruda realidad de esos días desempeñando con gran propiedad el papel de genuinos aventureros sudamericanos de paso por Calcutta, y da para pensar que no lo hacían del todo mal... los muy bellacos.

El término de año los encuentra aún en Calcutta, circunstancia que aprovecha Neruda para enviar un saludo a casa, fechado precisamente el 1 de enero de 1929:

“Querida conejita,

Te deseo Feliz Año Nuevo, y a toda la casa. Aún estoy en Calcutta, me voy a Colombo el 8 de enero. Esta es la dirección en lo sucesivo:

Ricardo Reyes

Consul for Chile

Colombo

Ceylon. India.

¿Qué es de Rudecindo Ortega, la Carlota, Los Mason, etc.?

Pregúntale a mi padre qué es de Manuel Basoalto, de la tía Rosa, de mis parientes.

Me estoy poniendo viejo, y pienso más en ellos. Lástima que no me alcance el dinero para nadie más, y apenas para mí”⁷⁸.

Para Álvaro Hinojosa, Neruda reservó siempre palabras de afectuosa camaradería, una cierta admiración hacia el histrión, el juglar o el pícaro que habitaba en él, hacia el hombre de ingenio fértil y conducta imprevisible que siempre se las arreglaba para sorprender a quienes le rodeaban.

⁷⁸ Pablo Neruda, *Cartas a Laura*, ob. cit., p. 42.

Con esa concisa y certera maestría con que sabía retratar a amigos y enemigos, a los poetas que respetaba y a los literatos que detestaba, Neruda dedica a Álvaro Hinojosa, burlón caballero caminante, algunas líneas de sus memorias que casi consiguen el milagro de traernos de vuelta al personaje:

“Diablo de hombre este Álvaro... Ahora se llama Álvaro de Silva... Vive en Nueva York... Casi toda su vida la pasó en la selva neoyorquina... Lo imagino comiendo naranjas a horas insultantes, quemando con el fósforo el papel de los cigarrillos, haciendo preguntas vejatorias a medio mundo... Siempre fue un maestro desordenado, poseedor de una brillante inteligencia, inteligencia inquisitiva que parece no llevar a ninguna parte, sino a Nueva York. Era en 1925... Entre las violetas que se le escapaban de la mano cuando corría a llevárselas a una transeúnte desconocida, con la cual quería acostarse de inmediato, sin saber ni cómo se llamaba, ni de dónde era, y sus interminables lecturas de Joyce, me reveló a mí, y a muchos otros, insospechadas opiniones, puntos de vista de gran ciudadano que vive dentro de la urbe, en su cueva, y sale a otear la música, la pintura, los libros, la danza... Siempre comiendo naranjas, pelando manzanas, insoportable dietético, asombrosamente entrometido en todo, por fin veíamos al antiprovinciano de los sueños, que todos los provincianos habíamos querido ser, sin las etiquetas pegadas a las valijas, sino circulando dentro de sí, con una mezcla de países y conciertos, de cafés al amanecer, de universidades con nieve en el tejado...”⁷⁹.

Y para el legendario escritor sin libros, autor sin obra (?), memorialista sin memoria que fue Álvaro Hinojosa, Neruda reserva el trato de un perplejo colega que no llega a entender esa irresponsable o supremamente desdeñosa actitud de no llevar a la página impresa nada de lo escrito.

“Si yo he visto escritores continuos, indefectibles, prolíficos, es éste el mayor... Casi nunca publica... No comprendo... Ya en la mañana, sin salir de la cama, con unas gafas encaramadas en la jorobilla de la nariz, está déle que déle a la máquina de escribir, consumiendo resmas de toda clase de papel, de todos los papeles. Sin embargo su movilidad, su criticismo, sus naranjas, sus cíclicas transmisiones, su casa de Nueva York, sus violetas, su embrollo que parece tan claro, su claridad tan embrollada... No sale de él la obra que siempre se esperó... Será porque no le da la gana... Será porque no puede hacerla... Porque está tan ocupado... Porque está tan desocupado... Pero lo sabe todo, lo mira todo a través de los continentes con esos ojos azules intrépidos, con ese tacto sutil que deja sin embargo que se escurra entre sus dedos la arena del tiempo...”⁸⁰.

Durante muchísimos años se esperó, en efecto, algún escrito salido de la grafomanía de Hinojosa, algún relato, alguna crónica; pero en especial algunas evocaciones o memorias que hubieran constituido su particular visión de este

⁷⁹ Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, ob. cit., p. 108.

⁸⁰ *Ibid.*, ob. cit., p. 108.

viaje, propicio como pocos para estimular su prurito literario e invitarlo a lucirse en la recreación de ambientes y paisajes exóticos.

Pero con el correr del tiempo se llegó a la misma penosa conclusión expresada por Neruda en sus memorias: la agitada vida de Álvaro no le había dado tiempo para llevar a la página impresa una muestra de su "claridad tan embrollada". Y sus manuscritos, o los originales de sus múltiples páginas dactilografiadas, pasaron a ser míticos papeles perdidos en algún rincón del mundo, deshechos por el tiempo y olvidados por la indolencia de su autor.

¿Completa y absolutamente perdidos?

Es lo que veremos un poco más adelante.

Por ahora nos resta decir que es al término de esta permanencia en Calcutta que el poeta y su amigo Álvaro están por separar definitivamente sus caminos en Oriente.

Desde que llegaron a estas tierras –y apenas con excepción de unos pocos meses de caminar cada cual por su lado– podría decirse que no han dejado de andar juntos en plan de conocimiento y aventura por estos territorios de leyenda.

Y parece tan remoto, tan increíblemente lejano ese mes de junio de 1927 en que han salido de Valparaíso para verse las caras con el mundo.

Tiempo antiguo para ellos, que tanto han visto y vivido en el período que ahora se concluye.

Los fantasmales escritos de Álvaro Hinojosa

Como ya hemos visto en el capítulo precedente, por perdidos se habían dado hasta ahora los escritos de Álvaro Hinojosa, siendo la descripción que de ellos hace Neruda en sus memorias la única referencia verdaderamente consistente disponible durante mucho tiempo.

Imposible era determinar, por consiguiente, el real valor de estos documentos; su extensión, su posible variedad temática, la mayor o menor calidad literaria de sus páginas. Lo sorprendente es que tales papeles sí existían –al menos parte de ellos– y que constituyen un muy interesante material documental que espera, por ahora, su editor. El cineasta y documentalista Manuel Baosalto, en cuyo archivo se encuentran actualmente estos originales, nos comenta:

“Estos textos de Hinojosa estuvieron perdidos mucho tiempo, para ser más preciso 60 años, período en el cual incluso Neruda se pregunta por el destino de los escritos de su amigo. Estos escritos hasta hoy inéditos, después de salir de Oriente, navegar hacia Europa, partir a Nueva York, finalmente han aparecido en Chile cargados del polvo y el olor de los viajes largos. Así como el mar a veces nos devuelve un trozo de madera o los signos de algún naufragio, el tiempo nos entrega ahora estas hojas que se creían perdidas”.

Lo que conviene precisar es que este material recuperado corresponde específicamente a lo escrito por Hinojosa durante su permanencia en Oriente, y que subsiste el misterio con respecto al paradero de lo escrito por Álvaro antes y después de este período.

Porque Álvaro Hinojosa, qué duda cabe, habría de continuar su pertinaz función de escritor, y durante su estadía post-Oriental en Nueva York –casado aquí con una bailarina norteamericana– ya no será el displicente autor que escribe para guardar, sino un muy necesitado inmigrante sudamericano que se esfuerza por publicar sus relatos en las páginas de las esquivas revistas literarias neoyorquinas.

Volodia Teitelboim, que se encontró con él alguna vez en Nueva York, hacia 1938, lo recuerda en unas breves y muy gráficas pinceladas: “Allí lo encontraba yo, diez años después de esas correrías [orientales], anclado en ese departamento de Nueva York, con su nariz afilada, sus ojos de color claro indefinido, bajo las

cejas hirsutas y espesas, convertido en *free lancer*, que conseguía arduamente publicar, muy de vez en cuando, cuentos en alguna revista, pero que, por sobre todo, se ganaba la vida dando clases de castellano”.

¿Cuáles son esos cuentos? ¿En qué revistas aparecieron? ¿Qué calidad literaria tienen? Preguntas tal vez irrelevantes, curiosidad documental que por ahora no tiene adecuada respuesta.

Volviendo al legajo de originales escritos por Hinojosa en Oriente, una primera aproximación a estos documentos nos permite verificar que se trata de un conjunto de textos que tienen como soporte los más diferentes tipos, tamaños y variedades de papel, y que incluso están escritos sobre amarillentos y ajados formularios que llevan el membrete de la Sede Central –*Central Branch*– de la YMCA en Rangoon.

Sobre ellos escribía Álvaro en inglés o en castellano, ya sea en forma manuscrita o en máquina de escribir, corrigiendo mucho y llenando prácticamente cada centímetro cuadrado de papel.

El estado de conservación de todo este material es deplorable, existiendo muchas páginas en que la humedad ha hecho estragos, hasta el punto de tornar a veces ininteligibles las palabras.

Los temas a que se refiere Álvaro son variados. Hay apuntes de viaje y borradores de cuentos ambientados en escenarios diversos, aunque la mayor parte de estos escritos tienen relación con Birmania, siendo abundantes las páginas dedicadas a describir rituales hindúes, ceremonias religiosas y costumbres locales.

Para aquilatar la prosa de Hinojosa, dignas de citarse son unas líneas en que habla –cómo no– de las mujeres que encuentra en Birmania: “Las indias de Rangoon llenan las calles con su olor a pomada de coco. Hombros firmes, cinturas elásticas, sudorosas de trópico, caminan semienvueltas en el sarí blanco. Hasta la punta de los dedos cubiertos de anillos de plata, los pies desnudos, se pegan al suelo con decisión, con maestría bailarina. Los brazos libres –cobras negras adormecidas por la ganya– acompañan el andar, la danza, de estas formas magníficas de mujeres de Bengala, de Kashemira, del Malabar. Todas las castas y religiones de la India viven aquí sin confundirse. Las jóvenes Tamiles y Telegús prefieren el rojo en el vestido, atravesándose varias veces las orejas y ventanillas de la nariz por rosas de granate o rubíes engastados en oro. Las orgullosas Parasís –de Bombay– tan parecidas a nuestras chilenas moreno-pálidas, visten colores suaves. Para la bengalí, solo el blanco más puro y los brazaletes y el collar de oro”.

Ni el propio Neruda hubiera superado, quizá, esta descripción.

Otro ejemplo de la prosa de Hinojosa –esta vez el fragmento de un cuento– pone en evidencia y en forma muy significativa un tema que roza muy de cerca lo autobiográfico. Se trata de las aventuras de una pareja que viaja por tierras europeas a salto de mata, con poco dinero y obligados a mucho discurrir y bastante improvisar.

Escuchemos parte del relato:

“Hicieron varios atados sirviéndose de las sábanas y Luis se adelantó a la casa de un amigo sastre andaluz que tenía su taller en la vecindad. Ayudados por éste, en tres viajes cambiaron toda la casa en un momento y partieron para un pueblecito cerca de la frontera con Holanda. Allí esperaron hasta la tarde hora en que regresaron los obreros holandeses que pasan la frontera a trabajar en las minas y vuelven al ponerse el sol. Sin ninguna dificultad pasaron entre el grupo, sin llamar la atención. Aquella misma noche siguieron en un tren a Rotterdam. Era opinión general entre la gente de mar que allí era fácil colocarse en cualquier clase de labor. En seis días de gasto de hotel y de buscar por todas partes, se convencieron de que esto no era cierto. Siguiendo recomendaciones del propio hotelero, fueron a La Haya, más exactamente a los alrededores, donde podrían trabajar ambos si así lo deseaban en una gran fábrica de queso”.

Sin embargo, lo más curioso no está en el relato mismo que acabamos de leer, sino más bien en el papel en que están escritas estas líneas.

Para escribir su relato, Hinojosa utiliza unas pequeñas hojas de ordinario papel que han sido “tomadas en préstamo” de la YMCA, en algunas de las ocasiones en que Neruda y él allí se han alojado.

Se trata de formularios de uso interno en el Casino de la Casa Central de la Young Men Christian Association en Rangoon, y que eran utilizados para llevar el registro de existencias y consumos de bebidas, cigarros y cigarrillos.

Lento y laborioso debió ser para Hinojosa el proceso de escribir a máquina en estas pequeñas hojas, pero, ya se sabe, tiempo en abundancia es lo que se tiene aquí en Rangoon, pero dinero, dinero para comprar papel simplemente no se tiene.

No es del caso preguntarse cómo fue que permaneció oculto por tanto tiempo este material, lo concreto es que los textos de Hinojosa aportan un ángulo diferente, otra manera de ver y relatar la experiencia oriental de los dos amigos.

En algunas de sus páginas ha quedado reflejado ese conflicto de voluntades entre los dos amigos que ya se ha mencionado anteriormente, y es un testimonio de especial interés el que nos ofrece Hinojosa al referirse a un episodio que ha sido el causante directo –el detonador– de su brusca partida hacia Calcutta. Escuchemos a Álvaro, quien después de referirse a sus propios problemas sentimentales con una muchacha birmana –su propio espécimen de “pantera birmana”, sugiere Basoalto– da cuenta de la contingencia que entonces se produce:

“...Esto se ponía decididamente malo. Gracias a que Mamea era tanto más joven que yo, la sujetaba pero no sin gran esfuerzo. En todo caso era ya cuestión de días para que me repudiara por falta de paisa o de rupias. Al mismo tiempo nuestra amistad con Pablo se enfriaba visiblemente.

Sobre todo por parte de él. Había llegado a convertirse en mi antagonista declarado. En las cosas que nos afectaban a los dos, obraba como si yo no existiera.

Una noche llegué a casa algo alegre y dispuesto a conversar. Pablo tomó un libro y contestándome de mala gana buscaba manera de acabar con mi charla superficial y algo alcohólica. Intenté varios temas para interesarlo. Nada. Entonces le dije: 'Me voy mañana a Calcutta.' No tenía la menor idea de semejante resolución para ejecutarla de un día para otro. Pero mi objetivo era obligarlo a hablar. Todo su comentario fue: 'Es un disparate.' Y siguió su lectura. Por lo demás no tenía yo ningún dinero".

Se pone aquí en evidencia una situación muy particular.

Es una suerte de progresiva independización la que ha asumido Neruda frente a un real o pretendido liderazgo ejercido durante mucho tiempo por Hinojosa.

Es muy cierto que al salir de Chile –y en comparación con el todavía provinciano poeta– Álvaro es todo un hombre de mundo, es el experimentado viajero que tanto por su dotes personales como por sus pasadas experiencias estaba en condiciones de guiar y asesorar al poeta en este tan largo viaje, aportando también una compañía que, ya lo sabemos, no sólo haría el viaje más llevadero sino que lo tornaría también más seguro y más económico.

Inicialmente entonces, es Álvaro quien asume en forma natural el papel de líder, el rol de mando –el rol de Capitán– asumiendo Neruda un papel subalterno, el papel de su lugarteniente.

Aplicar aquí estas categorías de cuño militar –en este caso, y más apropiadamente de índole naval– tienen su razón de ser y provienen, naturalmente, de la literatura. A este respecto, no estará de más señalar como fenómeno digno de estudio las reiteradas y más o menos sutiles transposiciones de situaciones y personajes que Neruda efectúa en este tiempo, y que alimentadas por sus muchas lecturas anteriores producen la "literaturización" de casi todo lo visto y lo vivido en este viaje.

Como acertadamente lo señala Hernán Loyola en sus notas para su edición de *Residencia en la tierra*, el influjo de las lecturas recientes lleva a Neruda a efectuar un evidente juego de transposición, que en este particular caso tiene como referente directo una obra de Pierre Loti.

En este contexto y al amparo de este símil, Neruda ha aceptado de buen grado el liderazgo de Álvaro y ve en él un Capitán, una figura emblemática que aparece fugazmente en su poesía, (*Colección nocturna*, de 1927), algo que se produce significativamente a comienzos del viaje, cuando ni siquiera han llegado a Rangoon, cuando todavía el rol preponderante de Álvaro es muy fuerte, necesario y deseado.

Según Loyola: "La interlocución a un Capitán provendría más directamente de *Mon frère Yves*, novela de Pierre Loti, donde el marinero Yves Kermadec (con quien, creo, se identifica en cierto modo el poeta) vacila entre llamar *chere capitain* o bien *mon frère* a su 'hermano mayor' adoptivo, maestro-guía y protector, que es el personaje narrador".

Resumiendo su interpretación, Loyola concluye que: "En base a todo esto hipotizo que en el presente poema la fórmula 'oh, Capitán' es una cifrada interpelación al 'hermano mayor' Álvaro Hinojosa [...] en quien Neruda veía una especie de maestro y el 'antiprovinciano de los sueños, que todos los provincianos habíamos querido ser'".

Válida como interpretación, interesante como referencia, esta reflexión inicial de Loyola nos lleva de vuelta al testimonio directo de Álvaro, el cual nos confirma que su relación de amistad con Neruda tuvo una marcada evolución durante el viaje y un cierto deterioro hacia el final. Hay una etapa en la cual el rol de liderazgo de Álvaro es muy necesario y, por consiguiente, debidamente respetado. Pero le sigue una etapa de progresiva independencia, una etapa de necesaria autonomía, en la cual el poeta no puede menos que afirmar su personalidad cuestionando la antigua autoridad de Álvaro y exigiendo –no una inversión de roles quizá– pero sí una igualdad. Ni más que tú, ni menos que tú... igual que tú.

Porque el poeta es hombre que sabe, aun en lo precario, mantener su posición, y si hay algo que sustente la percepción de su propio valor es naturalmente el valor de su poesía, gracias a la cual ya ha recibido elogios y homenajes que le hacen afirmarse en su "yo", no aceptando subordinaciones ni soportando de buen grado imposiciones ajenas.

Es natural entonces que Álvaro resiente la que hemos llamado *progresiva independización* del poeta, de su otrora aceptada *capitanía*, y es comprensible que Neruda la lleve adelante, sin que eso signifique necesariamente enemistad o encono, buena prueba de lo cual es este reencuentro en Calcutta, en donde han vuelto a "pasarlos bien" como si nada hubiera sucedido.

Índice

Introducción a un joven Neruda partido por el sol	5
El poeta se hace navegante 9	
Nota preliminar: geografías y agradecimientos	11
Primera parte	
La ausencia	
<i>el poeta se hace navegante, (1927-1931)</i>	13
Año 1927	
Contexto noticioso del año 1927	17
Usted debe irse a París...	21
Temprana fama de un gran desconocido	27
Ligero de equipaje	32
<i>Cuando salí a los mares...</i>	35
Junio de 1927: El comienzo de un largo viaje	39
Una fraterna despedida	44
Buenos Aires, Río de Janeiro, Santos...	46
Una carta desde alta mar	50
De paso por Lisboa, yendo hacia Madrid	53
¿Y qué decir de París?	56
Europa entrevista y dejada atrás	60
Por el Mediterráneo hacia Port Said	67
El Cónsul de Chile asume su cargo	72
Residencia en Rangoon I	78
Residencia en Rangoon II	82
Mientras tanto, en Madrid...	87
Hamburgo y Berlín... ilusorias perspectivas	90

Año 1928

Contexto noticioso del año 1928	97
Viajando por China, Japón y otros lugares	101
Cartas para Chile. Cartas para Argentina	108
<i>Her name is Josie Bliss</i>	115
Vivir con Josie Bliss	118
Recordando a Josie Bliss	122
¿Es aquí donde comienza <i>Residencia en la tierra</i> ?	126
Separando caminos	130
Donde el Infierno limita con el Paraíso	132
<i>He completado casi un libro de versos...</i>	137
El Diario de un residente	140
Viajando por Calcutta, con Álvaro Hinojosa	144
Los fantasmales escritos de Álvaro Hinojosa	149

Año 1929

Contexto noticioso del año 1929	157
Adiós a La Maligna...	160
...Y adiós a Rangoon	164
Una historia de perros y soledades	169
Residencia en Colombo	173
La soledad se llama Wellawatta	177
Whisky y angloparla: conflictos con el idioma	180
Dos últimas crónicas... un solo gran misterio	186
El mensaje en la botella. Cartas de auxilio del poeta que naufraga	189
El regreso de Josie	194
Las mujeres de Oriente	198
<i>Quiero publicar en España...</i>	206
El Crash de 1929	210
Los Veinte Poemas, a cinco años de su publicación	214
No es bueno que el hombre esté solo...	218
Ella se llama Albertina Rosa	222
Urgentes cartas, afiebrados preparativos	226

Año 1930

Contexto noticioso del año 1930	233
La amada, la novia, la esposa que no llegó	237
Los buenos deseos de un buen amigo	240
Para que España se entere	243
Un traslado que parece una burla	247
Compendio de frustraciones	252

Adiós a Ceylán, Adiós a Wellawatta	257
Sorpresas al llegar a Singapore	262
Java: Nueva destinación. ¿Nuevo destino?	265
María Antonieta Haagenar se convierte en Maruca Neruda	272

Año 1931

Contexto noticioso del año 1931	279
Vivir en Batavia	283
Una antología de la moderna poesía chilena	289
<i>Deben alegrarse de que me haya casado...</i>	292
Algo muy parecido a la fama	296
Y ese libro que no sale	303
Visitas llegan desde Chile	308
<i>Cada día es igual a otro...</i>	312
<i>¿Por qué me casé en Java?</i>	314

Segunda parte

El regreso

El retorno de un gran sedentario (1932-1933)

317

Año 1932

Contexto noticioso del año 1932	321
Adiós al Oriente	327
Una especie de balance	331
El fantasma del buque de carga	336
Correspondencia retrasada	340
Residencia en Santiago	342
El recital del poeta enmascarado	350
Prothalamio y Oda tórrida..., dos poemas misteriosos	355
Asuntos de familia. Festejo de amigos	360
Los Veinte Poemas... vuelven a hacer noticia	363
Último capítulo de un frustrado proyecto editorial	368
Un retrato literario de Pablo Neruda	371
El segundo recital del poeta enmascarado	376
Pablo de Rokha al ataque	381
Quebrando lanzas en favor de la poesía	384
Pablo de Rokha... otra vez a la ofensiva	388
Un mal año... un buen año	392

Año 1933

Contexto noticioso del año 1933	399
Dos nuevos libros para un año excepcional	403
Dos cartas y una gran noticia	410
Aparece el libro largamente esperado	414
Una crítica tangencial	417
Defensores y detractores para Residencia en la tierra	420
Aproximaciones a Buenos Aires	426
En torno a mí la noche suena...	429
Nos vamos a Buenos Aires...	434
Residencia en la tierra según José María Souvirón	438
Residencia en la tierra según Héctor Eandi	442
Residencia en la tierra según Luis Felipe Vivanco	445
Residencia en la tierra: Repercusiones posteriores	449
Agosto de 1933. El fin de una época	451
Índice Onomástico	455



He aquí un libro que faltaba en la extensa bibliografía dedicada a la vida y obra de Pablo Neruda.

Se trata de un trabajo minucioso y ampliamente documentado, que nos permite seguir paso a paso el itinerario del joven e improvisado Cónsul de Chile por tierras de Oriente, acompañándole en sus sucesivos desplazamientos y siendo testigos de su azarosa vida en medio de una realidad que se le hará por momentos asfixiante. En sus páginas nos encontramos con una historia con rasgos novelescos y cinematográficos, características que se logran por el anecdotario, las peripecias, los episodios pasionales, la permanente pobreza, la lucha del poeta con 23 años por subsistir en un entorno hostil y extraño.

Neruda se nos presenta en su condición de desarraigado, un extranjero en tierras extrañas y exóticas que sufre la privación del idioma, la falta de amigos y de la familia. El enfrentamiento con una realidad opresiva, en medio de una población nativa a la que no comprende y una elite colonial que impone sus reglas y prejuicios, se verá reflejado en su densa y caótica poesía que escribe en esos días.

Este libro no solo es sorprendente, curioso y entretenido, sino además entrega importantes antecedentes, hasta ahora desconocidos y poco estudiados, de lo que ha de ser la futura obra del poeta que hemos conocido como *Residencia en la tierra*. Neruda llega a tierras extrañas con una serie de poemas que representan la búsqueda exasperada de un lenguaje nuevo y cuyo trabajo dará la confirmación de un estilo que alcanzará forma y cohesión en un lenguaje que acabó de madurar en medio de la desesperación, la fiebre y la soledad de Oriente.

Para el lector poco familiarizado con la Biografía de Neruda esta obra ofrece una visión de conjunto sobre esa época donde el poeta luchó atormentadamente por sacar a flote ese acento personal con que más tarde revolucionó la poesía de habla castellana.



9 799562 823004